

LIBERTAD Y COMPROMISO

ACTAS

X Simposio Internacional San Josemaría

19-20
noviembre

Palacio de
Congresos

JAÉN 2021



SIMPOSIO
INTERNACIONAL
SAN JOSEMARÍA

«Algunos de los que me escucháis me conocéis desde muchos años atrás. Podéis atestiguar que llevo toda mi vida predicando la libertad personal, con personal responsabilidad. La he buscado y la busco, por toda la tierra, como Diógenes buscaba un hombre. Y cada día la amo más, la amo sobre todas las cosas terrenas: es un tesoro que no apreciaremos bastante».

Escriva de Balaguer, Josemaría
Es Cristo que pasa

LIBERTAD Y COMPROMISO

ACTAS

X Simposio Internacional San Josemaría

19-20
noviembre | Palacio de
Congresos | JAÉN 2021



Libertad y Compromiso. Actas X Simposio Internacional San Josemaría

Primera edición: enero, 2023

© 2023, de la edición Fundación Catalina Mir

© 2023, de la maquetación Emóleo Diseño Gráfico

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Impreso en España

ISBN 978-84-09-47642-8

Depósito Legal J 6-2023

Índice

- 1. Inauguración del X Simposio San Josemaría** P. 07
Daniel Martínez Apesteguía. Presidente de la Fundación Catalina Mir.
- 2. Palabras de bienvenida** P. 09
Julio Millán, alcalde de Jaén.
- 3. San Josemaría en la historia de la Teología** P. 12
Javier López Díaz. Teólogo y Director de la Cátedra de San Josemaría (2013-2019) en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz.
- 4. Libertad y Compromiso** P. 36
Jaime Mayor Oreja, Promotor de la Federación Europea "One of Us".
- 5. La fe en la cultura del siglo XXI** P. 46
Publicado por Ediciones Palabra, S.A. 2019
Rafael Palomino. Catedrático de Derecho Eclesiástico del Estado de la Universidad Complutense.
- 6. Peregrinos y errantes. Sobre la libertad y compromiso en el mundo actual** P. 51
(Esta ponencia fue publicada en el número 709 de la revista Nuestro Tiempo).
Jose María Torralba. Director del Departamento de Filosofía y del Institutuo Core Curriculum de la Universidad de Navarra.
- 7. Si tengo libertad ¿por qué me siento prisionero?** P. 57
Madre Verónica Berzosa. Fundadora de Iesu Communio.
- 8. Palabras de Clausura** P. 80
Fernando Ocariz. Prelado del Opus Dei.
- 9. Acta del Premio del Simposio** P. 82
Otorgado a la Federación de Bancos de Alimentos.

Inauguración del X Simposio San Josemaría

Daniel Martínez Apesteguía, Presidente de la Fundación Catalina Mir

– Buenas tardes.

D. Julio Millán, Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Jaén.

D. Jaime Mayor Oreja, presidente de la Federación Europea One of Us.

D. Miguel Pérez Ferra, catedrático de Didáctica de la Universidad de Jaén, que presentará al conferenciante que inaugura este simposio.

Doña María Bueno, abogada, que forma parte del Comité Organizador del Simposio y del jurado del Premio San Josemaría.

Sras. y Sres. participantes en el X Simposio S. Josemaría.

Voluntarias, voluntarios y equipo técnico, que trabajan en segundo plano, pero cuya labor oculta hace posible la celebración de estas jornadas.

– Muchas gracias a todas y a todos por su presencia en este Palacio de Congresos de Jaén.

– Mi nombre es Daniel Martínez Apesteguía. Desempeño en la actualidad la presidencia del Patronato de la Fundación.

– Un año más nos reunimos para continuar el estudio y la transmisión del mensaje de S. Josemaría.

– En primer lugar, quisiera hacer memoria de todas las víctimas de la pandemia Covid-19 y rendir homenaje a todas las personas que han trabajado —muchas veces heroicamente— por curar, atender y aliviar a los damnificados. Son personas que han actuado desde muchas profesiones y sectores sociales. A todos ellos, queremos manifestarles nuestra solidaridad y nuestro agradecimiento.

– La Fundación Catalina Mir promueve estas jornadas con la intención de identificar sugerencias e iniciativas que sirvan a las necesidades de nuestro tiempo.

– El tema de la edición de este año es "Libertad y compromiso". San Josemaría entendió con claridad que comprometerse es un ejercicio de libertad y no una pérdida de libertad. Un ejercicio de libertad que resulta, además, liberador, en la medida en que nos salva de la esclavitud de nuestros egoísmos.

– En este siglo XXI conviven concepciones diversas de la libertad. Y tenemos constancia de que no todas resultan benéficas ni para la persona que la ejerce ni para el entorno que le rodea.

– En este sentido, analizar la idea de libertad de S. Josemaría y sus aplicaciones prácticas puede suponer una aportación constructiva en el momento actual. Este es el objetivo que persigue este X Simposio San Josemaría.

– Como habrán podido ver en el programa, en esa ocasión los jóvenes ganan presencia en la edición de este año. Hemos querido darles voz para que diseñen un conjunto de intervenciones de acuerdo con sus inquietudes e intereses. Se reunirán mañana en el salón de actos de la Caja Rural y también podrán participar mediante streaming en las que se celebran por la tarde en esta sala Guadalquivir.

– Termino con el deseo de que a todas y todos nos resulte enriquecedor, y también animándoles a reflexionar y a disfrutar de las horas de convivencia que viviremos en este Palacio de Congresos. Muchas gracias, de nuevo, por su atención.

– Dejo paso al señor alcalde de nuestra ciudad de Jaén.

Julio Millán, alcalde de Jaén

Buenas tardes a todos y todas,

En primer lugar quiero trasladar a la organización y a la Fundación Catalina Mir mi agradecimiento para estar presente aquí, también, en este importante simposio que lo es para vosotros y también para la ciudad de Jaén. Como no, mi más sincera bienvenida a todos y a todas las que venís de fuera y habéis tenido a bien participar de este encuentro. Espero que os permita también conocer y disfrutar nuestra ciudad, de su patrimonio natural, cultural y de su gente, y en especial, bienvenido también a Jaén, a Jaime Mayor Oreja, que espero y deseo que tenga una estancia feliz en nuestra ciudad.

Quería estar yo hoy aquí, a pesar de haber tenido una semana difícil con complicaciones personales, pero no quería dejar pasar la oportunidad de acompañaros en este acto. En primer lugar, por vuestra generosidad y cariño y la invitación, que como primer edil de la ciudad agradezco y valoro. Tuvimos ocasión de recibirnos en el Ayuntamiento y de recibir con cariño esta invitación. En segundo lugar, por lo que representáis como organización, por vuestros valores filantrópicos humanistas y solidarios. Y en tercer lugar, porque no quería dejar lugar a dudas de mi apoyo a ninguna entidad social, colectivo o fundación que trabaja por el bien común, por la mejora de nuestra ciudad, como es en este caso la Fundación Catalina Mir, siendo todo esto compatible con cualquier confesión religiosa que se profese.

Y habéis elegido para este simposio un tema que también considero destacable: "Compromiso y Libertad". Hemos pasado un tiempo, y aún lo estamos pasando, en el que la vida nos ha puesto a prueba como sociedad. Por ello, visto todavía con distancia relativa, este tiempo, muy duro, que nos ha tocado vivir, encontrar en el día a día, en las pequeñas cosas, en el mundo pequeño de lo cotidiano y, más aún, en las decisiones transcendentales un mensaje de compromiso, de calor y de esperanza como el que trasladáis en estos encuentros, es sinceramente un ejemplo que debemos tomar como referencia, un mensaje fuerte que nos debe retroalimentar como sociedad.

Y ese mensaje debemos tenerlo presente todos: la empresa – muchos empresarios nos acompañan hoy aquí- y las administraciones y quienes estamos en los espacios donde se gestiona y decide. Un compromiso con lo que hacemos, pero un compromiso limpio, donde la generosidad, el bien común, la mejora social, la persona y el respeto estén por encima de todo, influyendo en cada uno y en cada una de nuestras acciones.

Y tampoco podemos perder de vista el mundo de los afectos, poner corazón y sentimiento a las cosas del día, a las relaciones entre seres humanos que son las que alimentan el motor que nos hace avanzar, y de eso sabéis mucho los presentes aquí durante este fin de semana.

Habláis también en este foro de Libertad, un mensaje precioso que también comparto. La libertad, entiendo, no sólo se ejerce sino que se conquista o se gana. Desgraciadamente en nuestra sociedad encontramos demasiadas tentaciones que nos acercan a muchos recursos y bienes pero que nos roban esa parte de la libertad para actuar, para decidir, para ser felices, por ello es una buena ocasión para reflexionar sobre este concepto, sobre el que ya decía Cervantes en *El Quijote*: 'La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre'.

Que hoy la Fundación Catalina Mir haya congregado a tanta gente por estos valores supone que ha sabido canalizar en este Simposio estas claves tan sencillas y al mismo tiempo tan difíciles de mantener en el día a día. Y os reunís aquí cientos de personas que tenéis como objetivo construir en positivo, compartir experiencias y seguir avanzando en vuestra formación para mejorar lo que nos rodea y hacer un mundo mejor.

Siempre digo que debemos combatir ese pesimismo, creer en nuestras capacidades y, sobre todo, tener una fuerte convicción en nuestras posibilidades como personas, como sociedad y, también en este caso, aquí como ciudad de Jaén. En esa línea, la fe que profesáis, la proactividad que brindáis para edificar una sociedad mejor desde los gestos cotidianos suma mucho también en estos momentos cruciales para la sociedad.

Y este es un mensaje que lleváis, especialmente, a los jóvenes de vuestra Fundación. Ésos mismo que algunos se empeñan en meter en un mismo saco 'jóvenes que no hacen nada, que son apáticos, que no tienen interés...' Sin embargo, reivindico también el poder de esa gente joven que tiene que tener su sitio preferente también en nuestra sociedad, en nuestra ciudad, que este año ha sido además reconocida como Ciudad Amiga de la Infancia por Unicef.

Hoy en día vemos a nuestros jóvenes abanderar causas medioambientales, luchar contra el acoso en las aulas, defender ideales, apoyar a los que peor lo están pasando con una fuerza que llena de voluntarios nuestras asociaciones y nuestras actividades, entre las que incluyo también a esta Fundación. Esta savia nueva, que alentáis vosotros especialmente, es la semilla de la mejor sociedad que todos queremos; hacerla posible es un camino en el que lleváis muchos años y en ese camino podéis contar con la ciudad de Jaén y con su Ayuntamiento.

Y termino como empezaba, con la bienvenida, esperando que disfrutéis de la monumentalidad de Jaén, de su naturaleza, de su gastronomía... En estos días de convivencia, Jaén y su gente están a vuestra disposición.

Muchísimas gracias.

San Josemaría en la historia de la Teología

Conferencia en el Simposio Internacional "Libertad y Compromiso", sobre las enseñanzas de san Josemaría Escrivá de Balaguer

Javier López Díaz

Abstract: "Los santos son un referente para la Teología. Entre ellos, san Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975) es el primero que enseña una espiritualidad laical y secular en la que la santidad, a la que todos los fieles están llamados, es desarrollo de los dones recibidos en el Bautismo: la filiación divina adoptiva, que lleva consigo el sacerdocio común y la herencia de los hijos de Dios. En la enseñanza de san Josemaría, la vida cristiana es el crecimiento como hijos de Dios –la progresiva identificación con Cristo–, mediante el ejercicio del sacerdocio en la santificación de las personas y de todas las realidades creadas, herencia que Dios ha otorgado a sus hijos. San Josemaría comprendió la unidad de estos dones bautismales en el sacrificio de la Eucaristía al entender en un sentido nuevo las palabras de Jesús: «Yo, cuando sea levantado sobre la tierra atraeré todo hacia mí» (Jn 12,32). La Teología tiene en sus enseñanzas un valioso patrimonio para profundizar en esos tres dones, tan frecuentemente marginados a lo largo de la historia, y para mostrar su centralidad en la vida cristiana."

Esquema: I. Los santos y la Teología. II. La llamada a la santidad y los dones del Bautismo. III. Los dones del Bautismo y su unidad en la enseñanza de san Josemaría. IV. Los dones del Bautismo en la historia de la Teología. V. Conclusión.

La fiesta de Todos los Santos, que abre cada año el mes de noviembre en el que nos encontramos, pone ante nuestra mirada la multitud de hombres y mujeres de todas las naciones, pueblos y lenguas (cfr. Ap 7,9), que han respondido a la llamada a la santidad y ahora alaban a Dios en el Cielo con gozo indecible y eterno, unidos en la Comunión de los santos.

Esa solemnidad nos ofrece hoy el marco para considerar la enseñanza de san Josemaría Escrivá de Balaguer, santo que Dios ha «suscitado en la Iglesia para proclamar la vocación universal a la santidad y al apostolado», como reza la oración colecta de su memoria litúrgica¹. Voy a tratar de exponer en qué consiste su proclamación de la vocación universal a la santidad: cuáles son sus rasgos característicos en la historia de la Iglesia.

I. Los santos y la Teología

El título de esta conferencia requiere enseguida una aclaración. San Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975) no ha elaborado Teología con un método científico ni se ha movido en el ámbito académico. Sin embargo está justificado plantearse su lugar en la historia de la Teología porque es teólogo en sentido propio: un teólogo que se ha adentrado en el conocimiento de Dios y lo ha transmitido en la Iglesia, como en general han hecho los santos y en particular aquellos que por su predicación y sus escritos son considerados maestros de vida espiritual.

A ellos debe acudir la Teología científica en busca de luces para ahondar en la Revelación divina. Así lo afirmaba Joseph Ratzinger en un mensaje dirigido a un simposio teológico sobre las enseñanzas de san Josemaría: «Resulta necesario que, en cuanto teólogos, escuchemos la palabra de los santos para descubrir su mensaje»², porque «la Teología, que nace de la fe, es subalterna respecto al saber que Dios tiene de sí mismo, saber del que los santos gozan ya de un modo inmediato y definitivo»³.

1. Cfr. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Prot. N. 652/04/L.

2. J. Ratzinger, Mensaje a un Simposio teológico sobre las enseñanzas del Beato Josemaría, 12-X-1993, en: Vv.Aa, Santidad y mundo, Pamplona 1994, p. 30.

3. Ibidem.

Por eso cabe hablar de "San Josemaría en la historia de la Teología". Y a esto invitaba el mismo cardenal Ratzinger, preguntándose: «¿Qué acento lleva consigo el mensaje del beato Josemaría Escrivá?, ¿qué impulso recibe a su luz la Teología?»⁴.

Unos años después de formular estos interrogantes el mismo Joseph Ratzinger, ya como Papa Benedicto XVI, orientaba la respuesta en su Exhortación apostólica *Verbum Domini* sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia. Después de afirmar que la comprensión más profunda de la Sagrada Escritura proviene de los santos y de señalar que «cada santo es como un rayo de luz que sale de la Palabra de Dios», añadía, junto con otros ejemplos de santos que han captado nuevas luces en la Escritura, importantes para la Teología: «pensemos (...) en san Josemaría Escrivá y su predicación sobre la llamada universal a la santidad»⁵.

Tenemos que preguntarnos, pues, cuál es la predicación de san Josemaría acerca de la llamada universal a la santidad y que aporta a la Teología. Para hacerse cargo de la importancia del tema basta considerar que, con palabras de san Pablo VI, el «elemento más característico del entero magisterio conciliar [del Concilio Vaticano II] y, por así decir, su fin último»⁶ es precisamente la proclamación de la llamada universal a la santidad. La comprensión de esta doctrina es fundamental para la misión de la Iglesia en nuestro tiempo y en el futuro. Y san Josemaría se cuenta no solo entre los precursores de esta enseñanza sino entre los que ofrecen luces para su desarrollo futuro e impulsan su actuación práctica.

II. La llamada a la santidad y los dones del Bautismo

Que la voluntad de Dios es la santificación de todos los fieles y, por tanto, que todos están llamados a la santidad (cfr. 1Ts 4,3), con una llamada que por su misma naturaleza es también vocación al apostolado⁷, y que Dios quiere que todos los hombres se salven (cfr. 1Tm 2,4), son afirmaciones que se encuentran en la Sagrada Escritura y que han sido proclamadas por la Iglesia indefectiblemente a lo largo de los

5. Benedicto XVI, Ex. ap. *Verbum Domini*, 30-IX-2010, n. 48.

6. Pablo VI, *Motu proprio Sanctitas clarior*, 19-III-1969: AAS 61 (1969) 149.

7. Cfr. Conc. Vaticano II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2. Cfr. p.ej., Mt 28,19-20; Mc 3,14; Jn 15,5.

siglos⁸. Si san Josemaría hubiera recordado solamente esto mismo, no habría captado ninguna nueva luz en la Revelación cristiana.

Pero no se ha limitado a esto. Cuando proclama que «todos estamos igualmente llamados a la santidad»⁹, indica también el motivo: «por el hecho, sencillo y sublime del Bautismo»¹⁰. Todos estamos llamados a la santidad porque «todos hemos recibido el mismo Bautismo»¹¹. Esta afirmación recorre todas sus enseñanzas. Y se comprende que sea así porque se dirige especialmente a los laicos, como se ve en el punto de Camino donde escribe: «Tienes obligación de santificarte. –Tú también. –¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? A todos, sin excepción, dijo el Señor: Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto»¹². Mientras que los sacerdotes (o sea los ministros sagrados) tienen, además del Bautismo, un nuevo motivo para ser conscientes de su llamada a la santidad que es haber recibido el sacramento del Orden; y mientras que los religiosos, por su parte, lo tienen en el hecho de haberse consagrado a Dios en ese estado de vida, en el caso de los laicos la llamada a la santidad tiene como único fundamento el Bautismo.

Sin embargo, tampoco consiste en esto la aportación de san Josemaría a la Teología sino que se trata de una doctrina común en la Iglesia. San Pablo al comienzo de su primera carta a los Corintios escribe: «a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos» (1Co 1,2). Se dirige a los que han sido santificados en el Bautismo y les recuerda que por eso mismo están llamados a ser santos: a desarrollar –por la acción del Espíritu Santo– el germen de santidad que han recibido en las aguas bautismales. San Josemaría prolonga esta línea. Pero no se limita a recordar lo mismo sino que penetra en esa doctrina abriendo horizontes nuevos, como vamos a ver.

¿En qué consiste ese germen de santidad recibido en el Bautismo?, ¿qué dones obtiene el cristiano en el Bautismo? El Catecismo de la Iglesia menciona varios íntimamente conectados entre sí. En el Bautismo el cristiano recibe al Espíritu Santo que cancela el pecado

8. Cfr. V. Bosch, *Llamados a ser santos. Historia contemporánea de una doctrina*, Madrid 2008, 224 pp.

9. San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 134. Cito los textos de san Josemaría por la edición crítica de Ediciones Rialp, cuando es posible (aún no ha sido publicada la edición crítica de algunas de sus obras).

10. *Id.*, *Conversaciones*, n. 24.

11. *Ibidem*.

12. *Id.*, *Camino*, n. 291.

original e infunde la vida sobrenatural de hijos adoptivos de Dios, nos incorpora a la familia de los hijos de Dios que es la Iglesia, y nos infunde la caridad y las demás virtudes teologales para que vivamos como hijos de Dios. Todos estos dones se pueden resumir en uno solo: la filiación divina adoptiva (cfr. Rm 8,15; Ga 4,6; 1 Jn 3,1-3). En el Bautismo el cristiano nace como hijo adoptivo de Dios (cfr. Jn 3,5-7).

Esta filiación –quizá no haga falta recordarlo aquí, pero lo menciono porque la confusión que reina sobre este punto en el pueblo cristiano me parece un síntoma del déficit de atención por parte de la reflexión teológica–, esta filiación del Bautismo se distingue de la filiación a Dios que tiene toda persona humana por haber sido creada a su imagen y semejanza. La del Bautismo, en cambio, es una filiación sobrenatural, una participación en el Hijo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, por la que somos hechos «hijos en el Hijo»¹³. Es filiación en sentido propio porque los hijos adoptivos de Dios no sólo han sido creados por Él sino también generados por Él, han nacido de Dios (cfr. Jn 1,18), han sido hechos «participes de la naturaleza divina» (2P 1,4). No solamente se llaman hijos de Dios sino que lo son realmente aunque todavía no de modo pleno (cfr. 1 Jn 3,1-2). Esta filiación sobrenatural es verdadera filiación pero en sentido analógico respecto al Hijo, porque sólo Él es Hijo Unigénito por naturaleza mientras que el cristiano lo es por adopción. En cambio, la filiación a Dios que todo hombre tiene sólo por el hecho de ser criatura de Dios, no es filiación en sentido propio sino metafórico, porque ha sido creado pero no engendrado, como explica santo Tomás¹⁴.

El grandioso don de la filiación divina adoptiva lleva necesariamente consigo otros dos bienes. El primero es el "sacerdocio santo" o "sacerdocio real", como lo llama la primera Carta de Pedro: «[habéis recibido] un sacerdocio santo, con el fin de ofrecer sacrificios espiri-

13. Conc. Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 22.

14. «Si las cosas hechas por Dios a partir de la nada son llamadas hijos de Dios, hay que entenderlo en sentido metafórico y en cuanto que tienen alguna semejanza con el Hijo verdadero. Por lo tanto, en cuanto que sólo Él es el Hijo verdadero y natural de Dios, es llamado Unigénito, tal como se dice en Jn 1,18: El Unigénito, que está en el seno del Padre, El mismo nos lo ha contado. En cambio, por lo que respecta a los hijos adoptivos, llamados así por asemejarse a Él, es llamado Primogénito metafóricamente, según aquello de Rm 8,29: A los que conoció y predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que Este sea el Primogénito de muchos hermanos» (Santo Tomás de Aquino, S.Th. I, q.41, a.3, c). Obsérvese que en este texto aplica el término "metafórico" a dos realidades distintas: se dice que un hombre, por el hecho de ser criatura de Dios, es "hijo de Dios" en sentido metafórico; y que el Hijo de Dios es "Primogénito" respecto a los hijos adoptivos de Dios, también en sentido metafórico. En cambio, los hijos adoptivos de Dios son hijos de Dios en sentido propio.

tuales, agradables a Dios por medio de Jesucristo, (...) un sacerdocio real (...) para que pregonéis las maravillas de Aquel que os llamó de las tinieblas a su admirable luz» (2P 1,5.9). Es "real" en el sentido de "regio" por su relación con el Reino de Cristo ya que los bautizados reciben la misión de edificar el Reino de Cristo ofreciendo su Sacrificio y ofreciéndose a sí mismos en unión con Él (volveré luego sobre esto). La Teología y el Magisterio de la Iglesia lo designan desde hace siglos con el nombre de "sacerdocio común" porque es propio de todos los bautizados, o sea común a todos ellos (hay otro sacerdocio, el ministerial, que reciben solo algunos fieles mediante el sacramento del Orden).

En la celebración del Bautismo, al agua derramada (o a la inmersión en el agua) en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sigue la unción con el santo crisma. Significa que quien es adoptado como hijo de Dios unido al Hijo es también consagrado como sacerdote¹⁵. La razón es clara: el Hijo se ha hecho hombre y es el sumo y eterno sacerdote, único mediador entre Dios y los hombres, que ha ofrecido el sacrificio de su vida para reparar por el pecado y unir a los hombres con Dios (cfr. Mt 26,28; 1Tm 2,5; Hb 6,20 y 4,14-15). Quien, en el Bautismo, es hecho hijo de Dios en el Hijo, es decir, en Cristo, tiene parte también en su sacerdocio. Y puede así cooperar con Cristo en la misión de unir a los hombres con Dios.

El segundo bien que lleva consigo la filiación divina adoptiva es la herencia de los hijos de Dios, como afirma san Pablo cuando escribe: «si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo» (Rm 8,17). Detengámonos un momento en esta "herencia", término bíblico que, como vamos a ver, incluye el concepto de santificación en medio del mundo y de santificación del mundo desde dentro de las actividades que constituyen la sociedad: las que hoy llamamos actividades profesionales, familiares y sociales.

¿Cuál es la herencia de los hijos de Dios? Indudablemente son los bienes que Dios ha preparado para sus hijos en la gloria, bienes que superan todo lo imaginable: «Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre, las cosas que ha preparado Dios para los que le aman» (1Co 2,9). El mayor de estos bienes es la visión amorosa de

15. El ministro unge al bautizado con el santo crisma en la coronilla mientras pidiendo a Dios que lo consagre «para que seas para siempre miembro de Cristo, sacerdote, profeta y rey» (Ritual del Bautismo).

Dios cara a cara, la visión beatífica (visión que comporta la plena felicidad). Este bien se da en la Comunión de los santos –porque Dios no es una soledad sino una comunión de Personas de la que han entrado a formar parte los hijos adoptivos–, y por eso los santos contemplan y aman a Dios también en los demás santos. Además de esto, los santos contemplan a Dios en todas las realidades creadas que, al final de los tiempos –con la segunda venida de Cristo–, reflejarán plenamente su gloria: los «nuevos cielos y la nueva tierra en los que habita la justicia» (2P 3,13). En definitiva, los bienes celestiales que constituyen la herencia futura de los hijos de Dios son la visión amorosa de Dios mismo, la visión del reflejo de su gloria en los santos –en primer lugar en la Santísima Virgen María– y, por último, la visión del reflejo de su gloria en las demás criaturas.

Pues bien, de esta herencia tenemos los cristianos un anticipo en la vida presente. Así como ya ahora somos hijos de Dios –si poseemos la gracia santificante que es una incoación de la gloria¹⁶, una participación de la vida divina¹⁷–, aunque todavía no lo seamos plenamente (cfr. 1Jn 3,1), también tenemos un inicio de la herencia cuya plenitud se nos dará en la vida futura. No sucede como en la herencia humana de la que el heredero, mientras no la haya recibido, posee solo una promesa no los bienes prometidos. En el caso de la herencia de los hijos de Dios, ya se posee en la vida presente un anticipo de los bienes que se alcanzarán plenamente en la vida futura. El envío del Espíritu Santo es «prenda de nuestra herencia» (Ef 1,14), la garantía de que somos herederos que ya han comenzado a heredar, es decir, a poseer la herencia.

¿En qué consiste el anticipo de la herencia? ¿Cuáles son esos bienes? El primero de todos, del que dependen los demás, es la contemplación amorosa de Dios mismo, que es una cierta incoación o inicio de la visión beatífica. Contemplación no «cara a cara» (1Jn 3,2), como en la gloria, sino «como en un espejo, borrosamente» (1Co 13,12). «Dios es la parte de mi heredad» (Sal 6,5), reza el Salmo. Este es el bien inestimable: Dios mismo se entrega a sus hijos en herencia, nos concede que podamos contemplarle de algún modo en la vida presente. Este don se recibe gratuitamente pero no pasivamente, como consideraremos después.

16. Cfr. Santo Tomás de Aquino, S.Th. II-II, q. 24, a. 3, ad 2.

17. Cfr. 2P 1,4; Conc. Vaticano II, Const. dogm. Lumen gentium, n. 2.

Hay un segundo elemento de la herencia. Ya hemos recordado antes que la visión beatífica en la gloria se da en la Comunión de los santos: no es una visión de Dios de la que gozan "unos al lado de otros" sino también "unos a través de otros". Pues lo mismo sucede con la contemplación de los hijos de Dios en este mundo: no se da de espaldas a los demás, sino con ellos y a través de ellos. «Tú eres mi Hijo (...). Yo te daré las gentes en heredad» (Sal 2,8): todas las gentes han sido dadas en heredad a Cristo, y por tanto al cristiano "coheredero de Cristo" (Rm 8,17). Le han sido dadas para que coopere en su santificación –como cooperaron los Apóstoles que recibieron la misión de ir y enseñar a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (cfr. Mt 28,19)–, de modo que se pueda contemplar en los demás un reflejo participado de la santidad de Dios. En la medida en que el cristiano procura cooperar con Dios en la santificación de los demás –que se incorporen a la comunión de los santos–, alcanza su herencia.

Y hay aún un tercer elemento de la herencia. Lo muestra el Salmo 2 cuando añade a las palabras que he citado antes: «Te daré en posesión hasta los confines de la tierra» (Sal 2,8). Es decir, también las realidades creadas son herencia del cristiano: «todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios» (1Co 3,22-23). Le han sido dadas para que las santifique procurando ordenarlas a la gloria de Dios, según las palabras de san Pablo: «ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1Co 10,31). En la medida en que el cristiano, por la acción del Espíritu Santo, santifica las realidades temporales está poseyendo la herencia que le ha sido otorgada y él mismo crece como hijo de Dios, crece en santidad.

Nótese por inciso que en el Salmo 2 las gentes –las personas– han sido dadas al Hijo de Dios y a los hijos adoptivos como "herencia" (κληρονομίαν), mientras que "los términos de la tierra", las demás criaturas, le han sido dadas en "posesión" (κατάσχεσίν). Son dos términos distintos, que no significan lo mismo. Las personas son herencia pero no se poseen como las cosas, no pueden ser tratadas sólo como **medios**¹⁸.

18. Cfr. Sal 2,7-8. Estos dos términos griegos de la versión de los LXX traducen dos términos distintos de la biblia en hebreo. Es decir, en el texto griego no se han usado dos términos distintos simplemente para evitar la repetición, sino para reflejar una diferencia conceptual.

Nótese también que así como la "herencia" de las gentes no significa una "posesión" independiente de la voluntad de las personas sino que se realiza de modo conforme a su libertad cuando éstas abrazan la fe y el amor de Dios, así la "posesión hasta los confines de la tierra" –o el «dominad sobre los peces del mar y los pájaros del cielo y sobre todo ser vivo» (Gn 1,28)–, no es la facultad de

En definitiva, la herencia de los hijos de Dios no es solo una realidad "futura y celestial" sino "actual y terrena". Lo futuro es la visión beatífica y la visión del reflejo de la gloria de Dios en los santos y, de otro modo, en el cosmos transformado al final de los tiempos. Pero ya ahora el cristiano puede caminar «de gloria en gloria» (cfr. 2Co 3,18), puede contemplar a Dios «como en un espejo» (1Co 13,12) y contemplar el reflejo de su gloria en las personas y en todas las realidades creadas en la medida en que las santifica, es decir, en la medida en que santifica la vida presente cooperando con la acción del Espíritu Santo.

Volvamos ahora, para completar esta parte, al texto de Romanos 8,17. Después de afirmar que «si somos hijos, también somos herederos de Dios, coherederos con Cristo», añade una condición: «con tal de que padezcamos con él, para ser con él también glorificados». La herencia de los hijos de Dios es un bien que se recibe, pero no pasivamente sino que es preciso conquistar. En el Bautismo se adquiere el título de heredero, pero después hay que obtener la herencia. ¿Cómo?: "con tal de que padezcamos con Él". Jesucristo ha obtenido la herencia ejerciendo su sumo sacerdocio a lo largo de toda su vida, desde Nazaret hasta la muerte en la Cruz, y por eso ha sido glorificado (cfr. Flp 2,9-11). Análogamente el cristiano, hijo de Dios y coheredero de Cristo, conquista la herencia mediante el ejercicio de su sacerdocio ofreciendo su propia vida a Dios – llevando la cruz de cada día (cfr. Lc 9,23) – en unión con el sacrificio de Jesucristo (cfr. 1P 2,5; Rm 6,13 y 12,1), que se hace presente en la santa Misa. Y entonces será glorificado con Cristo y recibirá en la gloria la plenitud de la herencia (cfr. Ef 2,5-6).

III. Los dones del Bautismo y su unidad en la enseñanza de san Josemaría

Los tres dones del Bautismo que acabo de mencionar –en realidad son uno sólo, la filiación divina adoptiva, con los otros dos que originalmente lleva consigo: el sacerdocio común y la herencia de los hijos de Dios– ocupan el primer plano en la enseñanza de san Josemaría, o más exactamente constituyen la base de toda su enseñanza y se

poseer para hacer cualquier cosa según el capricho de la propia voluntad, incluida la destrucción del medio ambiente, sino la misión de cultivar y custodiar la tierra (cfr. Gn 2,15). Lo ha aclarado el Papa Francisco en la Encíclica *Laudato si'* (24-V-2015): «la capacidad del ser humano de transformar la realidad se debe desarrollar sobre la base de la primera y originaria donación de las cosas por parte de Dios» (n. 5). «La Biblia no da lugar a un antropocentrismo despótico que se desentienda de las demás criaturas» (ibid., n. 68).

encuentran por doquier en su predicación y en sus escritos.

La filiación divina adoptiva en primer lugar. San Josemaría invita a poner como fundamento de la vida espiritual el «sentido de la filiación divina»¹⁹ recibida en el Bautismo, es decir, la conciencia amorosa de ser hijo de Dios en Cristo por haber sido «injertado en Cristo por el Bautismo»²⁰. Afirmar que «por exigencia de su común vocación cristiana –como algo que exige el único bautismo que han recibido– el sacerdote y el seglar deben aspirar, por igual, a la santidad (...). Esa santidad, a la que son llamados, no es mayor en el sacerdote que en el seglar: porque el laico no es un cristiano de segunda categoría. La santidad, tanto en el sacerdote como en el laico, no es otra cosa que la perfección de la vida cristiana, que la plenitud de la filiación divina»²¹.

La vida cristiana en la enseñanza de san Josemaría es, pues, un proceso de crecimiento en filiación divina –crecimiento como hijos de Dios– que describe como progresiva identificación con Cristo ya que la vida sobrenatural que recibimos en el Bautismo es participación de la plenitud de gracia de Cristo (cfr. Jn 1,16), presencia de la misma vida sobrenatural de Cristo en el cristiano. «Es necesario ir adelante hacia la meta que San Pablo señalaba: no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí (Ga 2,20). La ambición es alta y nobilísima: la identificación con Cristo, la santidad. Pero no hay otro camino, si se desea ser coherente con la vida divina que, por el Bautismo, Dios ha hecho nacer en nuestras almas»²².

Junto con la filiación divina, san Josemaría no deja de insistir en que «todos nosotros bautizados participamos en el sacerdocio real»²³ y por eso mantiene que un hijo de Dios ha de tener "alma sacerdotal". Enseñanza constantemente presente en su predicación, hasta el punto de haber sido el tema de su última conversación en la tierra, el 26 de junio de 1975, con un grupo de mujeres, pocas horas antes de su tránsito al Cielo: «Vosotras tenéis alma sacerdotal»²⁴, les decía.

Y en tercer lugar, con la filiación divina y el sacerdocio común, la herencia de los hijos de Dios. En la enseñanza de san Josemaría es un

19. San Josemaría Escrivá de Balaguer, Forja, n. 987.

20. Id., Es Cristo que pasa, n. 106.

21. Id., Carta 2-II-1945, n. 8.

22. Id., Es Cristo que pasa, n. 58.

23. Id., Forja, n. 882.

24. Cfr. A. Vázquez de Prada, El Fundador del Opus Dei, cit., vol. III, p. 772.

concepto capital, como los otros dos. Algunas veces utiliza el término herencia, pero con mucha más frecuencia se refiere a su contenido. El siguiente texto es explícito: «Este mundo es nuestro: es obra de Dios y nos lo ha dado por heredad. Recitamos y meditamos todas las semanas el salmo de la realeza de Jesucristo, y dice el Señor: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Postula a me, et dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae (Sal 2,7-8). Nosotros, hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, participamos de su heredad, que es el mundo entero: si autem filii, et heredes: heredes quidem Dei, coheredes autem Christi (Rm 8,17): porque si somos hijos, somos herederos: herederos de Dios, coherederos con Cristo»²⁵.

Muchas otras veces, como acabo de decir, se refiere al contenido de la herencia. Sirvan de ejemplo las siguientes palabras de su predicación: «Todas las cosas fueron creadas por Él y en atención a Él (Col 1,16) (...). Todas las cosas de la tierra, pues, también las criaturas materiales, también las actividades terrenas y temporales de los hombres, han de ser llevadas a Dios –y ahora, después del pecado, redimidas, reconciliadas–, cada una según su propia naturaleza, según el fin inmediato que Dios le ha señalado, pero sabiendo ver su último destino sobrenatural en Jesucristo: porque quiso el Padre poner en Él la plenitud de todo ser y reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra, por medio de la sangre que derramó en la cruz (Col 1,19-20). Hemos de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas»²⁶ (luego veremos el porqué de esta última frase).

La herencia de los hijos de Dios es ante todo Dios mismo: la contemplación amorosa de Dios; y esta contemplación, en la enseñanza de san Josemaría, tiene lugar en medio del mundo²⁷, al descubrir que «hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes»²⁸. La posesión de la herencia consiste en eso: en la santificación de las personas y también –de otro modo– de todas las realidades terrenas, profesionales, familiares y sociales, para que reflejen la gloria de Dios y sea posible contemplar a Dios en ellas.

25. San Josemaría Escrivá de Balaguer, Carta 30-IV-1946, n. 46.

26. Id., Apuntes de una meditación, 29-IX-1967 (AGP, P18, pp. 330-331).

27. «Contemplativos en medio del mundo» (Es Cristo que pasa, n. 65), es una expresión recurrente en san Josemaría.

28. Id., Conversaciones, n. 114.

La santificación del trabajo profesional ocupa un lugar particular en la enseñanza de san Josemaría, dentro del panorama de la posesión de la herencia de los hijos de Dios: es el eje de la santificación del mundo desde dentro porque la sociedad humana no es simplemente un conjunto de personas y de familias, una al lado de otra, sino que se coordinan para formar un cuerpo gracias a las distintas profesiones. Este tema queda solo apuntado; aquí no es posible desarrollarlo más.

La unidad de los dones bautismales en la enseñanza de san Josemaría

Estos tres bienes –la filiación divina, el sacerdocio real y la herencia de los hijos de Dios– están vinculados por nacer del Bautismo y san Josemaría es bien consciente de esta conexión. El desarrollo de la vida cristiana no es otra cosa, en su enseñanza, que el crecimiento como hijos de Dios mediante el ejercicio del sacerdocio bautismal en la santificación de las realidades terrenas, herencia del cristiano, que constituyen la vida cotidiana.

Pero la profunda conjunción de estos dones no procede sólo de su común origen en el Bautismo sino de su fin en el sacrificio de la Eucaristía. San Josemaría la vio plasmada en unas palabras de Jesús recogidas en el evangelio de san Juan: «Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32), palabras que se encuentran ahora esculpidas en la base de la imagen del Fundador del Opus Dei que el Papa Benedicto XVI bendijo e hizo colocar en los muros de la Basílica de san Pedro en Roma el 14 de septiembre de 2005, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz²⁹.

San Josemaría daba fe de que el 7 de agosto de 1931, mientras celebraba la Santa Misa –precisamente en la elevación de la Sagrada

29. Las palabras se encuentran esculpidas en latín: "Et ego si exaltatus fuero a terra, omnes traham ad meipsum" (Jn 12,32). San Josemaría citaba este texto por la Vulgata, la versión de la Biblia entonces vigente, donde se lee "omnia traham ad meipsum" (atraeré todo hacia mí), pero en la imagen en la Basílica de san Pedro se ha reproducido el texto de la Neo Vulgata: "omnes traham ad meipsum" (atraeré a todos hacia mí). Varios manuscritos antiguos y el Diatessaron leen πάντα, que pasa a "omnia" en la Vulgata; otros, en cambio, traen πάντας, preferido por la Neo-Vulgata al traducir por "omnes". El estado actual de la crítica textual favorece esta segunda lectura (cfr. G.R. Beasley-Murray, John, en: D.A. Hubbard – J.D.W. Watts, Word Biblical Commentary, vol. 36, Waco (Texas) 1987, p. 205). Pero en ambos casos se expresa la misma realidad, porque al atraer Jesús a todos los hombres hacia sí, atrae también todas las cosas: la redención alcanza así su efecto cósmico, pues la creación entera «espera ansiosa la manifestación de los hijos de Dios» (Rm 8,19).

30. San Josemaría Escrivá de Balaguer, Apuntes de una meditación, 27-X-1963: AGP, P01 XI-1975, p.13.

Forma—, movido interiormente por Dios, comprendió estas palabras en un «sentido nuevo»³⁰. Hasta entonces la elevación de Cristo sobre la tierra en el sacrificio de la Cruz se había entendido frecuentemente como una llamada a separarse de las realidades terrenas —y en este sentido a sacrificarlas— para ser atraídos por el Señor y cooperar en la Redención. San Josemaría las entiende en otro sentido, no opuesto sino complementario, aplicado a la multitud de cristianos que, en virtud del Bautismo, están llamados a la santidad en medio del mundo: llamados a santificar su trabajo y su vida familiar y social ofreciendo todo en unión con el Sacrificio de Cristo que se hace presente en el altar. «Lo entendí perfectamente —testimonia san Josemaría—. El Señor nos decía: ¡si vosotros me ponéis en la entraña de todas las actividades de la tierra (...), entonces omnia traham ad meipsum! ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»³¹. Entendió que si los hijos de Dios, en virtud del sacerdocio bautismal, santificaban el trabajo y las demás actividades humanas ofreciéndolas a Dios Padre en unión con el sacrificio de Cristo que se hace presente en la Santa Misa, entonces Él atraería a todos y a todo hacia sí y la expansión de su Reino sería una efectiva realidad.

Los hijos de Dios, coherederos de Jesucristo, están implicados en la grandiosa obra del Hijo de Dios hecho hombre que ofrece al Padre el sacrificio de la Cruz como Sacerdote de su propia vida, y de este modo obtiene su herencia: atrae a los hombres hacia sí para incorporarlos al Reino de Dios, es decir, para introducirlos en esa situación en la que todo es conforme a la Voluntad divina porque ha sido eliminado lo que era contrario: el pecado y las consecuencias del pecado (cfr. 1Co 15,24-28). El Reino de Dios es la herencia que Cristo adquiere con el sacrificio de su vida por el que atrae todo hacia sí; y esta atracción la realiza a través de los hijos de Dios si ellos mismos se dejan atraer santificando su trabajo para ser cada uno «otro Cristo, el mismo Cristo. Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo (1P 2,5), para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre»³².

31. Ibid.

32. Id., *Es Cristo que pasa*, n. 96. Cfr. Id., *Conversaciones*, n. 58.

En el Sacrificio de la Eucaristía alcanzan su plenitud de sentido los dones recibidos en el Bautismo y se manifiesta su unidad. Por ello la santa Misa es el centro en el que han de converger las acciones del cristiano, y también la raíz que las alimenta permitiendo que la vida de un hijo de Dios se convierta de algún modo en "una misa": ejercicio de su sacerdocio real para santificar la sociedad humana desde dentro de las actividades que la constituyen³³.

IV. Los dones del Bautismo en la historia de la Teología

Pasemos ahora a examinar si este modo de entender la vocación universal a la santidad como una llamada en la que están implicados los dones bautismales, está presente en la Teología a lo largo de los siglos. Así podremos aproximarnos al tema enunciado en el título de estas líneas.

La respuesta es afirmativa si nos referimos a los primeros siglos, la época denominada de los "primeros cristianos" que se suele extender hasta el siglo IV. Los Padres de la Iglesia en este período hablan mucho de los dones que se reciben en el Bautismo. San Ireneo, por ejemplo, escribe en el s. II: «El Verbo de Dios se hizo hombre y el Hijo de Dios se hizo Hijo del hombre, para que el hombre se hiciera hijo de Dios por adopción»³⁴. Los textos sobre la filiación divina adoptiva son numerosos. Me limitaré a citar un pasaje de las Catequesis de san Cirilo de Jerusalén (315-386) a los que acababan de ser bautizados:

«Bautizados en Cristo y revestidos de Cristo [cfr. Gal 3,27], habéis sido hechos semejantes al Hijo de Dios [cfr. Rom 8,29]. Porque Dios nos predestinó a la adopción de hijos [cfr. Ef 1,5], nos hizo conformes al cuerpo glorioso de Cristo [Flp 3,21]. Hechos, por tanto, partícipes de Cristo [cfr. Hb 3,14], con toda razón os llamáis cristos; y Dios mismo dijo de vosotros: no toquéis a mis ungidos [cfr. Sal 105,15]. Fuisteis convertidos en Cristo al recibir el signo del Espíritu Santo»³⁵.

Bien a las claras muestra este texto cuán viva era la conciencia de la filiación divina adoptiva y de la unción como sacerdotes de Cristo en el Bautismo.

33. Cfr. Id., Forja, n. 69; Es Cristo que pasa, n. 87

34. San Ireneo, *Adversus haereses*, lib. 3, 19, 1.

35. San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses*, 21 [*Mystagogica* 3], 1.

Por lo que se refiere a la herencia de los hijos de Dios, no conozco estudios sobre el término en los escritos de los Padres prenicenos, pero no faltan testimonios de que la santidad a la que se sabían llamados los primeros cristianos no requería separarse del mundo. Así lo había rogado Jesús al Padre en la Última Cena: «no pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno» (Jn 17,15). Ellos asumieron los distintos trabajos en cualquier estado de vida para cumplir la misión de evangelizar a la sociedad de su tiempo. San Pablo exhorta a los filipenses a «comportarse como ciudadanos [πολιτεύεσθε] dignos del Evangelio» (Flp 1,27): son ciudadanos como los demás, que cumplen sus deberes y ejercen sus derechos, que contribuyen al bien temporal de la ciudad terrena, a su desarrollo y progreso integral, y que lo hacen porque quieren ser dignos del Evangelio que enseña a buscar, por amor a Dios y a los demás, el bien temporal y eterno de todos. En una palabra, son ciudadanos que quieren santificar la ciudad terrena, empaparla del Evangelio. Tertuliano atestigua en el siglo II que, efectivamente, los fieles cristianos ejercen todas las profesiones, como los demás ciudadanos³⁶; y la Carta a Diogneto, también del siglo II, anota que los cristianos, en todos los quehaceres, no se distinguen de los demás pero «muestran un tenor de vida admirable»³⁷. Los hijos de Dios «no son del mundo» (Jn 17,16), pues en cuanto hijos adoptivos de Dios «no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni del querer del hombre, sino de Dios» (Jn 1,13). Pero no abandonan el mundo, el trabajo la vida familiar y social, sino que quieren renovar todo con el espíritu de Cristo. El filósofo pagano Celso se lamentaba, igualmente en el siglo II, de que los cristianos se sirvieran de sus tareas de zapateros, lavaderos o tejedores para sembrar el Evangelio en las casas y en la sociedad³⁸. Efectivamente, todas estas actividades no eran consideradas por ellos como ajenas a la santidad y a la misión apostólica.

36. «No dejamos de frecuentar el foro –escribe Tertuliano a finales del siglo II–, el mercado, los baños, las tiendas, las oficinas, las hosterías y ferias; no dejamos de relacionarnos, de convivir con vosotros en este mundo. Con vosotros navegamos, vamos a la milicia, trabajamos la tierra y de su fruto hacemos comercio. Y vendemos al pueblo para vuestro uso los productos de nuestros quehaceres y fatigas» (Tertuliano, *Apologeticum*, c. 42, 1-3).

37. Carta a Diogneto, c. 5.

38. Cfr. Celso, *Contra los cristianos*, recogido por Orígenes, *Contra Celsum*, III, 55.

¿Cómo lo podían ser si en la Creación del mundo Dios había confiado al hombre la tarea de prolongar la obra creadora con su trabajo y de constituir la familia y la sociedad (cfr. Gn 1,27-28; 2,15), y si el Hijo de Dios hecho hombre había querido asumir todas estas realidades, creadas precisamente «en vistas de Él» (Col 1,16)? Se comprende que los cristianos las reivindicaran como cosa propia, hasta el punto de considerarse en la sociedad «lo que el alma en el cuerpo»³⁹.

¿Qué sucede en los siglos sucesivos? ¿Se profundiza en la comprensión de los dones bautismales y se hace más viva en los cristianos la conciencia de ser hijos de Dios, sacerdotes y herederos del mundo? Haré un breve recorrido por la historia posterior a la época patristica, un recorrido necesariamente muy sintético.

Comenzaré por la filiación divina y el sacerdocio común.

Después del siglo IV, estos dones bautismales continúan presentes en la doctrina de Padres de la Iglesia como san Juan Crisóstomo o san Agustín, pero dejan de estarlo después de la época patristica en el ámbito de la "teología monástica" que se cultiva en los monasterios entre los siglos VIII a XII.

Sobre las causas de esta relativa desaparición solo puedo formular una hipótesis basada en dos hechos: por una parte, la progresiva decadencia de la figura del laico en la Iglesia, de su vocación y misión bautismales; y por otra, el auge de la espiritualidad esponsal fundada en una consagración posterior a la del Bautismo que se entiende como un "matrimonio espiritual" con Cristo o con la Iglesia. La primera forma de consagración posterior al Bautismo aparece en la Iglesia con las "vírgenes consagradas" a finales del siglo II o comienzos del III⁴⁰, las cuales muy pronto serán llamadas "esposas de Cristo" por su estado de vida y por el vínculo público que las distingue. El recurso al símbolo esponsal será común después en otras formas de vida consagrada que surgen en la Iglesia. Aunque esta esponsalidad presupone la filiación divina recibida en el Bautismo, la reflexión teológica sobre la vida espiritual en esta época no presta atención a tal fundamento y

39. Carta a Diogneto, c. 7.

40. Una sintética exposición se encuentra en: I.M. Calabuig - R. Barbieri, *Virginidad consagrada en la Iglesia*, en Aa.Vv., *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid 1987, pp. 2061-2081.

el lenguaje simbólico de la esponsalidad sustituye al lenguaje propio de la filiación⁴¹. En todo caso, sea cual fuere el motivo, la postergación que sufre la filiación divina es un hecho patente en la Teología de esos siglos (VIII-XII).

La misma suerte sigue la conciencia de haber recibido en el Bautismo el sacerdocio real (o común). En este caso cabe señalar también un factor terminológico que influye en la postergación. El Nuevo Testamento, además de atestiguar el sacerdocio de Jesucristo, principalmente en la Carta a los Hebreos, afirma, en la Primera Carta de Pedro (cfr. 1P 2,5.9) el sacerdocio de todos los cristianos, pero a los ministros los designa con los nombres de obispo, presbítero y diácono. Indudablemente estos últimos han recibido un nuevo sacerdocio con la imposición de manos en el sacramento del Orden, y son desde ese momento más sacerdotes que los demás fieles por tener dos sacerdocios, el común y el ministerial. Pero quizá por esto mismo los presbíteros comienzan a ser llamados simplemente sacerdotes y el término deja de aplicarse a los demás fieles que ya no lo sienten como propio, con grandes consecuencias para la vida cristiana de los laicos.

En el siglo XIII Santo Tomás de Aquino profundiza notablemente en el misterio de la filiación divina del cristiano y en su sacerdocio. Presenta la filiación adoptiva como participación en la Filiación subsistente, el Hijo, Segunda Persona de la Santísima Trinidad⁴². Y afirma que el carácter que imprime el sacramento del Bautismo es una participación del sacerdocio de Cristo⁴³. Se trata de participaciones conceptualmente distintas porque en el primer caso lo participado, el

41. Está claro que cuando se dice que el cristiano es "hijo" de Dios se está empleando un lenguaje propio: analógico, ciertamente, porque el Hijo por naturaleza es uno solo, Cristo, mientras que los demás son hijos por adopción sobrenatural; pero hijos en sentido propio, como escribe san Juan: "no sólo nos llamamos hijos de Dios sino que lo somos" (1Jn 3,1). En cambio cuando se dice que un cristiano es esposo o esposa de Dios o de Cristo, se está empleando un lenguaje simbólico porque en la Santísima Trinidad no hay un Esposo del que se pueda participar su esponsalidad, mientras que sí hay un Hijo del que nos ha sido dado participar la Filiación. El símbolo esponsal, presente en la Escritura, es bellísimo, no debería sustituir a la filiación sino apoyarse en ella.

42. Cfr. Santo Tomás de Aquino, In Ioann. Ev., c. 1, lect. 8. El Aquinate afirma con frecuencia que «filiatio adoptionis est participata similitudo filiationis naturalis» (S.Th. III, q. 23, a. 4, c; cfr. S.Th. I, q. 33, a. 3, c; II-II, q. 45, a. 6, c; III, q. 3, a. 5, c y ad 2; q. 24, a. 3, c; In Ep. ad Rom., c. VIII, lect. 6; In Ioann. Ev., c. I, lect. 8; etc.).

Hijo, subsiste fuera de los participantes, mientras que en el segundo lo participado –el sacerdocio de Cristo– no es una realidad subsistente sino inherente a un sujeto, el Hombre Cristo Jesús. Esta concepción de Santo Tomás es de gran importancia para la comprensión de la vida cristiana como desarrollo de los dones bautismales, sin embargo pasará mucho tiempo –siglos– hasta que la doctrina teológica descubra su valor como sucederá en el siglo XX al pasar a primer plano la vocación y misión de los laicos.

Mientras tanto la marginación de la filiación divina y del sacerdocio común en la Teología y en la vida de los cristianos se hará aún más grave a causa de la Reforma luterana, en el siglo XVI. Al concebir la justificación de quien ha pecado como algo extrínseco que no conlleva una transformación ontológica, la filiación divina adoptiva no pasará de ser, en el ámbito protestante, más que un bello título. Y esto traerá consigo un problema para la Teología católica porque con el fin de contrarrestar la visión protestante se pondrá el acento solo o principalmente en el concepto de "gracia creada" o gracia santificante, el don de Dios que nos hace verdaderamente santos, quedando en segundo plano la "gracia increada", o sea, la misma inhabitación del Espíritu Santo que nos incorpora a la vida íntima de la Santísima Trinidad como hijos adoptivos.

De la Reforma protestante se derivará también, indirectamente, otro problema en la Teología católica, esta vez en relación con el sacerdocio común. Al negar, los reformadores, que en la Iglesia hay un sacerdocio ministerial y sostener que todos los cristianos tienen un mismo y único "sacerdocio universal", la reflexión católica se centrará en la defensa del sacerdocio ministerial, dejando en segundo plano el sacerdocio común de todos los bautizados. Esto se puede constatar, por ejemplo, en el Catecismo Romano publicado después del Concilio de Trento⁴⁴.

43. «Character sacramentalis est quaedam participatio sacerdotii Christi in fidelibus eius» (Santo Tomás de Aquino, S.Th. III, q. 63, a. 5, c). También en los sacramentos de la Confirmación y del Orden, el carácter que imprimen es una participación en el sacerdocio de Cristo. En el caso del sacramento del Orden esa participación es esencialmente distinta de la que se recibe en el Bautismo y en la Confirmación.

En este clima se mueven hasta el siglo XX la Teología católica y también las enseñanzas de los santos. Baste pensar que san Francisco de Sales (1567-1622), heraldo de la llamada de todos los fieles a la santidad, apenas menciona la filiación divina adoptiva y el sacerdocio común en su Introducción a la vida devota. Tampoco considera que las actividades temporales puedan ser materia de santificación⁴⁵.

Ciertamente no faltan voces que pregonan los dones bautismales como san Juan Eudes (1601-1680) en el siglo XVII⁴⁶, o Newman y Scheeben en el XIX; pero sólo en el XX se comenzará a formar un coro de autores de Teología que vuelven la atención sobre ellos. Este fenómeno teológico depende, sin duda, de la toma de conciencia de la vocación y misión de los laicos bajo el impulso de los Romanos Pontífices, sobre todo a partir de Pío XI, y prepara las enseñanzas del Concilio Vaticano II⁴⁷.

Pero antes de pasar al último Concilio he de referirme a la consideración que ha merecido en la historia de la Teología el tercer don al que me he venido refiriendo: la herencia de los hijos de Dios⁴⁸. Este tema, literalmente (como "herencia de los hijos de Dios"), apenas ha estado presente en la Teología, salvo en los Léxicos del Nuevo Testamento, como el de Kittel-Friedrich que acabo de citar en nota, y en otras obras de este género. En cambio se ha reflexionado ampliamente sobre un

44. Cfr. Mauricio Shiaw-Tsu Liu, La filiación divina adoptiva y el sacerdocio común de los fieles en el Catecismo Romano y en el Catecismo de la Iglesia Católica, Roma 2016.

45. El Cardenal Albino Luciani, pocos meses antes de ser elegido Romano Pontífice como Juan Pablo I, escribió en un artículo de prensa la siguiente reflexión: «[San Francisco de Sales] propugna la santidad para todos, pero parece enseñar solamente una "espiritualidad de los laicos", mientras Escrivá quiere una "espiritualidad laical". Es decir, Francisco [de Sales] sugiere casi siempre a los laicos los mismos medios practicados por los religiosos con las adaptaciones oportunas. Escrivá es más radical: habla directamente de "materializar" –en buen sentido– la santificación. Para él, es el mismo trabajo material, lo que debe transformarse en oración y santidad» (A. Luciani, Cercando Dio nel lavoro quotidiano, en "Il Gazzettino di Venezia", 25-VII-1978).

46. San Juan Eudes, Contrato del hombre con Dios en el Santo Bautismo (a. 1654).

47. E. Burkhart – J. López, Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría, vol. I, pp. 34-105.

48. Sobre el término "heredero" y otros de la misma raíz en el nuevo Testamento, cfr. W. Foerster, κληρονόμος [heredero], en: G. Kittel – G. Friedrich, Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament, III, col. 781-783. Cfr. 1Co 6,9-10; 15,50; Gal 5,21; Hb 11,13; 1Pe 1,3-4; etc.

concepto muy próximo: el de Reino de Dios o Reino de los Cielos, que Jesucristo anuncia y comienza a instaurar. Este Reino, que es la situación en la que todo está sometido a la Voluntad de Dios –el hombre libremente, de acuerdo con su naturaleza– es el objeto de la herencia, como se deduce de las palabras de Jesús sobre el juicio final: «Venid, benditos de mi Padre, heredad [κληρονομήσατε] el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt 25,34). En otro lugar leemos que los hijos de Dios son «herederos del Reino que [Dios] prometió a los que le aman» (St 2,5)⁴⁹. Pero en esta reflexión sobre el Reino de Dios ha habido dos reducciones importantes, estrechamente relacionadas entre sí, a las que deseo referirme.

En primer lugar se ha puesto la atención en el Reino futuro de los Cielos y centrándose en la visión de Dios cara a cara, pero dejando de lado que los santos también contemplan a Dios en los demás santos y en todos bienes creados, los «nuevos cielos y la nueva tierra nueva en los que habita la justicia» (2P 3,13): que reflejan su gloria. A su vez, el inicio del Reino en este mundo se ha hecho consistir en la unión personal con Dios, es decir, en la identificación de la propia voluntad con la suya, lo cual es muy cierto pero insuficiente para no caer en un cierto espiritualismo, como si el progreso humano cultural y material, económico, científico, artístico, no tuviera que ver con la edificación del Reino de Cristo. Esto no es así, es una reducción. San Josemaría se ha opuesto a quienes han «querido presentar la existencia cristiana como algo solamente espiritual –espiritualista, quiero decir–, propio de gentes puras, extraordinarias, que no se mezclan con las cosas despreciables de este mundo, o, a lo más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu, mientras vivimos aquí»⁵⁰. Y el Concilio Vaticano II ha declarado que «la espera de una tierra nueva [al final de los tiempos: cfr. 2P 3,13] no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece

49. «¿Acaso no escogió Dios a los pobres según el mundo, para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino que prometió a los que le aman?» (St 2,5). "Los pobres según el mundo" son los hijos de Dios que ponen toda su confianza en Él.

50. Conversaciones, n. 113.

el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios»⁵¹. En definitiva, el inicio del Reino de Dios en esta tierra, objeto de la herencia de los hijos de Dios, es una realidad más amplia de la que ha sido considerada históricamente por una Teología que aún no se había enriquecido con la perspectiva laical y secular.

La segunda reducción a la que deseaba referirme es la que considera que lo que ha de hacer el cristiano para poseer su herencia consiste en lo que es propio de la vida consagrada: "la oración y la acción", donde por oración se entiende principalmente los ratos dedicados a la oración mental o a la vocal (no a la posibilidad de convertir el trabajo y las demás ocupaciones seculares en oración), y por "acción" se indica la predicación del Evangelio o las obras de caridad, no las acciones profanas como son el ejercicio de la profesión o las tareas familiares y las relaciones sociales, que tienen una finalidad humana pero que se pueden dirigir al fin sobrenatural: a la gloria de Dios, a la santificación de las personas y a la edificación de la sociedad con el espíritu de Cristo. La Teología, hasta época reciente, ha dejado muy en segundo plano la santificación de las realidades terrenas civiles y seculares –"profanas", porque en sí mismas no son sagradas– y, por tanto, la posesión de la herencia de los hijos de Dios ya en este mundo. La enseñanza de san Josemaría orienta la Teología a superar esta reducción reconociendo que también esas actividades humanas son lugar y materia de santificación y que cuando un hijo de Dios las ve así y coopera con el Espíritu Santo para santificarlas, entonces comienza a conquistar su herencia y contribuye a edificar el Reino de Cristo en la tierra, es decir, la Iglesia «germen y principio de este Reino»⁵².

Pasemos ya al último punto de nuestro sobrevuelo por la historia de la Teología. En el Concilio Vaticano II se puede constatar con gozo la presencia de los dones bautismales; presencia exigida, se puede

51. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 39.

52. Conc. Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 5.

decir, por la proclamación de la llamada universal a la santidad y de la vocación y misión de los fieles laicos, que caracteriza las enseñanzas del Concilio.

Desde el comienzo de la Constitución *Lumen gentium* están presentes la filiación divina⁵³ y el sacerdocio común⁵⁴, y sobre ellos vuelve frecuentemente el texto. La unidad de los dones bautismales está expresada en el n. 34:

«Cristo Jesús, Supremo y eterno sacerdote porque desea continuar su testimonio y su servicio por medio de los laicos, vivifica a éstos con su Espíritu e ininterrumpidamente los impulsa a toda obra buena y perfecta. Aquellos a quienes asocia íntimamente a su vida y misión también les hace partícipes de su oficio sacerdotal, en orden al ejercicio del culto espiritual, para gloria de Dios y salvación de los hombres. Por lo que los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, tienen una vocación admirable y son instruidos para que en ellos se produzcan siempre los más abundantes frutos del Espíritu. Pues todas sus obras, preces y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y de cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en hostias espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (1P 2,5), que en la celebración de la Eucaristía, con la oblación del cuerpo del Señor, ofrecen piadosísimamente al Padre. Así también los laicos, como adoradores en todo lugar y obrando santamente, consagran a Dios el mundo mismo»⁵⁵.

Como se puede ver, el texto menciona expresamente el sacerdocio común de los fieles mientras que la filiación divina adoptiva y la herencia están implícitas: la primera en la referencia a los fieles "vivificados por el Espíritu Santo" a los que Cristo "asocia íntimamente a su vida y a su misión"; la segunda, en la mención de la "vida conyugal y familiar" y del "trabajo cotidiano". Tampoco se menciona explícitamente el Bau-

53. Cfr. Id., nn. 3 y 4.52. Conc. Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 5.

54. Cfr. Id., nn. 10-11.

55. Id., n. 34.

tismo, pero sí el sacrificio de la Eucaristía y la participación de todos los fieles en él. En conjunto el texto expresa, sí, la unidad de los dones bautismales, pero de modo todavía incipiente. Quizá el motivo tenga que ver con la elección del Concilio de tratar del misterio de la Iglesia en sí misma en la *Lumen gentium*, principalmente, dejando para la *Gaudium et spes* la relación de la Iglesia con el mundo. Se comprende que en la primera se encuentren con más frecuencia la filiación adoptiva y el sacerdocio común de los fieles, mientras que en la segunda se trate del trabajo humano, de la familia y de la sociedad, es decir, de la herencia de los hijos de Dios⁵⁶. Aunque en una y en otra Constitución hay referencias claras a los tres bienes del Bautismo, la separación de temas quizá no haya facilitado poner de relieve su unidad.

Esa unidad brilla en la enseñanza de san Josemaría. Por eso es justo que bastantes autores hayan afirmado que se encuentra entre los precursores del Concilio Vaticano II, pero mi convicción es que su enseñanza sobre los dones bautismales es también un horizonte para desarrollar y profundizar en el magisterio del último Concilio por la claridad con la que ha expresado que la llamada universal a la santidad –en cuanto referida a los fieles laicos y a los sacerdotes seculares–, es una llamada a desarrollar los dones recibidos en el Bautismo, santificando el propio trabajo y toda la vida cotidiana secular por su unión con el Sacrificio de Cristo que se actualiza en la celebración de la Eucaristía.

V. Conclusión

Como decía al inicio, san Josemaría es un maestro de vida espiritual, no un autor de teología científica. Pero los maestros de vida espiritual son un "lugar" muy importante para avanzar en Teología. Entre ellos, san Josemaría se caracteriza por haber enseñado una espiritualidad laical y secular fundada en el Bautismo, que mira al crecimiento como hijos de Dios en Cristo, por la acción del Espíritu Santo, buscando la santificación del trabajo y de la vida familiar y social, herencia

56. Cfr., por ejemplo, Conc. Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, nn. 33-39.

de los hijos de Dios, mediante el ejercicio del sacerdocio común por el que ofrece esas actividades, bien realizadas por amor a Dios, en unión con el Sacrificio de Cristo que se hace presente en la celebración de la Eucaristía. De aquí deriva su contribución a la Teología espiritual, y también a la Teología dogmática que se ve impulsada a reflexionar sobre esos dones que la historia había relegado a segundo plano.

Podría haber mencionado otras contribuciones de san Josemaría a la Teología, por ejemplo la que se refiere a la libertad de los hijos de Dios verdadera clave de la secularidad y de la "mentalidad laical" que ha de ir unida al "alma sacerdotal" en el caso de los fieles llamados a la santidad en medio del mundo; o su enseñanza sobre las virtudes cristianas que orientan el ejercicio de la libertad a la identificación con Cristo, «perfecto Dios y perfecto hombre», según la expresión del Símbolo *Quicumquevult*⁵⁷; o su enseñanza sobre la lucha cristiana por amor a Dios, cooperando con la acción del Espíritu Santo; o sobre los medios de santificación, donde pone de relieve la necesidad de la formación cristiana no menos que la oración y los sacramentos aunque sí después de estos; o su doctrina sobre la unidad de vida del cristiano. Podría haber hablado más ampliamente de la Santa Misa como centro y raíz de la vida interior y haber expuesto de modo especial su modo de plantear el fin último de la vida cristiana, la contemplación en medio del mundo, que expresa con tres aspiraciones íntimamente unidas: dar a Dios toda la gloria (*Deo omnis gloria!*), buscar que Cristo reine (*Regnare Christum volumus!*), llevar a todos en unión con el Romano Pontífice, Sucesor de Pedro, a Jesús por María (*Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*). Esta última expresión pone de relieve su contribución a la doctrina sobre la maternidad de María en la vida del cristiano, pero no es posible desarrollarla aquí. Me he tenido que limitar a la aportación de san Josemaría que está en la raíz de todas las demás: la que se refiere al inicio y germen de la vida cristiana en el Bautismo⁵⁸.

57. Cfr. DH 76, 32.

58. Todos los aspectos que he señalado en este último párrafo, y otros, se exponen en: E. Burkhart – J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría*, 3 vols., Madrid 2010-2013.

Libertad y Compromiso

Jaime Mayor Oreja, promotor de la "Federación Europea One of Us"

Excelentísimas autoridades, presidente de la Fundación Catalina Mir, Señoras y Señores:

Constituye para mí un honor inaugurar este prestigioso y acreditado simposio que tanta repercusión social tiene.

Las dos palabras del título de este Simposio, "Libertad y Compromiso" constituyen dos conceptos indisolublemente unidos entre sí, siempre y cuando comprendamos correctamente el significado de la Libertad.

Hay dos expresiones, dos afirmaciones, dos dichos, a la hora de acotar y delimitar el significado de la libertad. Hay dos filosofías, dos actitudes de vida, que hoy se confrontan en el principal debate que tenemos delante de nosotros.

Por un lado, la libertad nos hará verdaderos; y por otro, nuestro dicho evangélico "La verdad nos hará libres". Un simple cambio de orden de las palabras "Verdad" y "Libertad", significa una encrucijada, una transformación radical que nos conduce a una verdad o a una mentira.

La libertad nos hará verdaderos, constituye una mentira. Lo sabemos todos, especialmente los que ya hemos vivido unos cuantos años.

Por mucho énfasis que pusieran los ex presidentes Obama y Rodríguez Zapatero, en aquel lejano desayuno de oración en el año 2010 en Washington, la libertad no nos hace verdaderos.

Hacer lo que te da la gana, cuando te da la gana, y como te da la gana, no nos hace verdaderos. Por el contrario, te acerca al egoísmo, al capricho, a lo superficial, a lo material, al dinero, a la banalidad. "La libertad nos hará verdaderos" constituye la expresión del relativismo

moral, esto es, la nada. Te lleva a no creer en nada o en casi nada. Y de esta manera se ha convertido en moda dominante.

Por el contrario, si abrazamos y somos coherentes, con el dicho evangélico "La verdad nos hará libres", cambiando simplemente el orden de los factores, significará un cambio profundo y total ante la vida.

La verdad nunca está en la superficie de nuestra vida, hay que buscarla, y por ello siempre se encuentra en la raíz, en la profundidad de tu alma. La verdad se busca, la mentira se usa, se propaga, se utiliza, muchas veces como arma arrojadiza contra los adversarios, contra instituciones y personas que se pretende destruir.

No hay libertad para hacer el mal, solo hay libertad para buscar y tratar de hacer el bien. Pese a todo, como acabo de decir, en la fecha de hoy, la actual moda dominante se fundamenta mucho más en la sentencia de "La libertad os hará verdaderos" que en su contraria, esto es, "La verdad os hará libres".

Una lección de vida: las palabras del evangelista San Lucas y posteriormente de San Agustín, cuando decían que "Los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la luz", expresaban una verdad.

Tenemos que preguntarnos sobre el por qué de esta prevalencia de la mentira sobre la verdad, y por qué se ha acelerado en los últimos tiempos.

No se ha sabido administrar el crecimiento y mejora de nuestro bienestar material.

Se ha pasado del prestigio de la verdad al resentimiento hacia ella.

Se ha huido en demasiadas ocasiones de la verdad como de la peste.

La moda dominante ha transformado y modificado una jerarquía de valores.

El dinero se ha convertido en demasiadas ocasiones, en la única referencia sólida en nuestras vidas, cuando por su propia naturaleza, es la principal expresión de lo fluido, esto es, pasa de mano en mano sin dejar poso.

Se han ido perdiendo una serie, un conjunto de referencias permanentes. SE ha ido desarrollando una obsesión enfermiza para la destrucción de fundamentos cristianos de nuestra sociedad, y casi nos están obligando a avergonzarnos de nuestra civilización, destruyendo símbolos, estatuas, figuras representativas, en muchas ciudades del mundo, a un lado y al otro del atlántico.

Recuerdo, lo repito muchas veces, que cuando era un niño, un joven, en mi ciudad de San Sebastián, se solía escuchar con cierta frecuencia que esta o aquella persona era un "sin fundamento".

Hoy se oye con mucha más frecuencia, que esta o aquella persona es un "fundamentalista". Hemos pasado de los "Sin fundamento" a los "Fundamentalistas", porque ha cambiado la moda dominante.

Hoy eres un fundamentalista solo por el hecho de defender verdades y fundamentos.

La explicación de lo que nos sucede reside en la búsqueda de nuestra comodidad, de nuestra equivocada interpretación de la libertad sin límites, de la consecuencia lógica de "La libertad nos hará verdaderos", de lo que hoy es el enaltecimiento de la autodeterminación de la persona, como si fuésemos pequeños dioses.

Por el contrario, afirmar la verdad es difícil.

Decir una vez la verdad es nuestra casa, familia, en la vida pública, es muy fácil, todos lo hacen. Decir la verdad muchas veces es agotador, te deja exhausto, y en la mayoría de las ocasiones, te conduce a una cierta soledad. Decir siempre la verdad es el calvario, el único que fue capaz de hacerlo fue Jesús, acabando crucificado por nosotros.

Desde esta perspectiva, a la hora de explicar la crisis que hoy vivimos en la sociedad occidental, se afirma con razón que es una crisis de civilización, de la verdad, de los fundamentos, de las conciencias. Todas son denominaciones correctas, porque nos están diciendo que esto no solo es una crisis política ni económica. Es una crisis que es y está en la persona, que ha entrado dentro de nosotros mismos, por todas las razones que acabo de señalar.

Cuando la crisis, esto es, el desorden, penetra en la persona, el resultado es una sociedad presidida por el desorden social, que es la característica principal de la política y de la sociedad actual.

Esta afirmación no es optimista ni pesimista. Es sencillamente la verdad, la afirmación de una verdad. Decir la verdad desde la libertad, afirmar la verdad y sufrir por decirla no es una actitud optimista ni pesimista. Constituye una obligación con la verdad, para no conformarnos, para no resignarnos, para no quedarnos quietos.

San Josemaría Escrivá de Balaguer refuerza mucho más la trascendencia de la Libertad, para nosotros los cristianos, cuando se refiere a esta como Don de Dios. Dice textualmente en una extraordinaria homilía que "solo nosotros nos unimos al Creador por el ejercicio de nuestra libertad. Que el Señor nos invita, nos impulsa, porque nos ama entrañablemente, a escoger el bien"

Y añade que estamos obligados a defender la libertad personal de todos, sabiendo que, si no actuamos así, ¿con qué derecho reclamaremos la nuestra?

Con estas palabras, nos recuerda a los católicos que tenemos la obligación de saber estar en el mundo, con la máxima proximidad a las personas, pero no tenemos que abrazar la mundanidad. El Papa Benedicto, el 28 de febrero del 2013, en su despedida a los Cardenales, decía de la Iglesia: "Ella está en el mundo pero no es del mundo".

También nos recuerda San Josemaría que la libertad no se basta a sí misma, necesita un norte, un guía, y también nos dice que rechaza el engaño de los que se conforman con un triste vocerío: libertad, libertad. Porque muchas veces en ese mismo clamor se esconde una trágica servidumbre, porque la elección que prefiere el error no libera.

La libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres.

Señoras y Señores, todos tenemos la obligación de buscar la verdad, pero los que no escondemos nuestra fe, tenemos un grado de obligación superior a los demás, porque creemos en una verdad abso-

luta. Este hecho, de nuestra fe, no constituye una razón para una supuesta y absurda superioridad moral. No. Lo que significa es un mayor grado de obligación y servicio con el conjunto de nuestra sociedad.

La primera obligación de un cristiano, de una mujer y un hombre de fe, de un católico, es no quedarse en la superficie de los hechos, sin enterarse de nada, de lo que realmente está sucediendo.

Nuestra primera obligación de hoy es profundizar más que nunca, y más que nadie, en la explicación de lo que nos sucede hoy y aquí, porque muchos no quieren aceptar la cruda realidad de la verdad.

No vivimos cualquier momento en la sociedad occidental. Después de la fractura política y social que está viviendo los Estados Unidos de América, muchos pretenden sustituir, reemplazar y destruir en Europa un orden social basado en los fundamentos cristianos por otro, mejor dicho, por un desorden social.

Este es, y no otro, el principal reto y desafío al que nos enfrentamos. Constituye una acelerada ofensiva cultural, que comenzó hace tiempo, pero que se ha acelerado en la última década.

Todo este proceso cultural de sustitución de un orden social por el desorden comenzó el día en que se legalizó y se fue legitimando social y políticamente el aborto. Como decía el gran pensador y filósofo español Julián Marías, fue lo más grave que ha ocurrido en el siglo XX, la aceptación social del aborto, incluso la creencia que es un avance y una progresión, y no una regresión a las formas más oscuras de la historia, como la tortura judicial o la esclavitud.

A partir de esta expresión del mal, su primera expresión, llegó al cabo de los años su sofisticación, segunda fase, que es la más difícil de combatir, la Ideología de Género.

El tercer estadio, la tercera fase es lo que diría la Socialización del mal, la Eutanasia, que significa la ampliación y extensión de la cultura de la muerte. En definitiva, una primera expresión del mal, posteriormente su sofisticación, y en último término su socialización.

Pero todo es lo mismo, tiene el mismo objetivo y significado, forma parte del mismo proceso, la obsesión enfermiza de destrucción

de nuestros fundamentos cristianos a través de un plano inclinado que parece que no tiene fin, y a través del cual de lo que se trata, para esconder la naturaleza destructiva del proyecto, es la de crear nuevos y falsos derechos, para dar siempre satisfacción a nuestra comodidad y bienestar material.

Nuestra obligación primera, es comprender la totalidad del proyecto y del proceso que sufrimos, que afecta a la cultura de la vida, la naturaleza y dignidad de la persona, a la familia, a la libertad, a la libertad de los padres para elegir la educación de los hijos, a la libertad religiosa, al propio concepto de la nación y de España.

Hay un momento, como antes decía, singularmente difícil y crítico, tanto es España como en Europa, porque en muchas ocasiones, no estamos ante políticos, hombres públicos que buscan el interés general. Estamos ante personas que, sobre cualquier otra consideración, tienen la voluntad de destrucción y que, para ello se erigen en inventores o reinventores de la naturaleza humana, de la vida, de la biología, de la historia, de la nación, de España, de nuestra transición democrática.

Para todo ello se asocian de un modo u otro, dos elementos, dos componentes que nunca habían estado tan unidos: el dinero y el marxismo cultural, esto es, la comodidad y la voluntad de destruir de todo lo que proviene, de un modo u otro, de la doctrina de la Iglesia.

Si entendemos y comprendemos este proyecto global, tanto en términos geográficos como temáticos y procesales, tenemos una segunda obligación: resistir, rebelarnos y movilizarnos.

El filósofo francés Remí Brague afirma que los europeos tenemos la obligación de liberarnos de una moda dominante de carácter totalitario.

No podemos quedarnos encerrados en nuestra casa, ni siquiera en nuestra institución más próxima. Hay que resistir, alzar la voz, rebelarnos, unirnos con quienes piensan de la misma manera, en definitiva, ser, estar y actuar como una minoría creativa, tal y como nos recordaba el Papa Benedicto XVI.

Cada cristiano, cada creyente, tiene que tener su particular obligación, compromiso, pero todos y cada uno de nosotros en esta batalla cultural. Permítanme un ejemplo.

Hace tres días, el martes pasado de esta semana, he estado en Hungría, invitado por el Gobierno, por los Ministros de Presidencia y de Justicia para participar destacadamente en el X aniversario de la puesta en vigor la Constitución de aquel país.

Una constitución en la que se pone el acento en los fundamentos cristianos, tanto de Hungría como de Europa. Lo hice feliz y encantado porque era mi obligación. Porque hoy, los húngaros como los polacos, sufren una persecución porque defienden los fundamentos cristianos de nuestra civilización, que es lo que más odian quienes tratan de imponernos una moda dominante relativista.

Cada uno tiene que preguntarse qué podemos hacer en esta tarea, y la respuesta será diferente para cada uno, pero lo relevante es que nos lo preguntemos todos, que todos seamos capaces de cambiar de actitud personal, porque es nuestra obligación.

Al referirnos al concepto de la "obligación", vuelvo a recordar las palabras de San Josemaría, nos recordaba que: "Nada más falso que oponer la libertad a la entrega, porque la entrega viene como consecuencia de la libertad"

La libertad y la entrega no se contradicen; se sostienen mutuamente.

Y añadía: "La libertad solo puede entregarse por amor, otra clase de desprendimiento no la concibe" Y por fin remachaba: "No es un juego de palabras". En la entrega voluntaria, en cada instante de esa dedicación, la libertad renueva el amor y renovarse es ser continuamente joven, generoso, capaz de grandes ideales y de grandes sacrificios.

Volvamos a la realidad de hoy. No tengo duda alguna de que quienes quieren imponer este desorden van a fracasar, porque ni tienen razón en singular, ni tienen razones en plural, pero hoy hay que aceptar que están ganado por goleada.

Arrasan con la fuerza bruta y brutal, propia de la destrucción y de la ruptura, propia también de la extraña asociación entre el dinero y el marxismo cultural.

Pero el grado de destrucción no depende tanto de su maldad como de nosotros. Va a depender de nosotros, va a depender de que no se prolongue una excesiva incomparencia cultural, va a depender de nuestro valor y coraje frente a la cobardía, va a depender de nuestra capacidad de romper el silencio.

La sustitución del orden social sobre fundamentos cristianos se está produciendo sin ruido. En otras épocas, los movimientos totalitarios hacían de la propaganda, del ruido, su principal aliado e instrumento. Hoy no, quizás porque hayan aprendido las lecciones del pasado, pero qué duda cabe que lo están llevando a la práctica sin ruido, sin que se note, sin que mucha gente sepa lo que es la ideología de género, por ejemplo. Pero por supuesto que es una realidad, que está en la educación, en los colegios, en el ambiente, en muchos medios de comunicación, en las leyes, en las autonomías, en las Redes Sociales.

Recordemos lo que decía el Cardenal Sarah hace pocos meses cuando ponía el ejemplo de una pecera en la que nadaban los peces; no solo debemos dar bien de comer a los peces que están en la pecera; debemos ocuparnos también del agua en el que nadan, porque si el agua está contaminada, los peces, por bien que les demos de comer, acabarán contaminándose.

Si no nos preocupamos de cambiar el agua de la pecera, esto es, la moda dominante que nos rodea, antes que después se contaminarán los peces, esto es, nuestros hijos y nuestros nietos.

Para cambiar el agua de la pecera tenemos que saber sumar, unir a muchas personas e instituciones en esta difícil tarea. Sobre todo hay que dedicar tiempo, esfuerzo y dedicación al ambiente que nos rodea.

El optimismo, esto es, la necesidad de ser optimista, no significa la negación de la gravedad de un diagnóstico de situación. Uno no es optimista escondiendo la verdad de lo que nos sucede, siendo políticamente correcto, o mucho menos, poniéndose de perfil, apelando como única solución a un diálogo, que puede ser bien intencionado, pero que es imposible.

De la misma forma que la libertad tiene sus límites, el diálogo tiene también que tenerlos. No se puede dialogar con quienes quieren destruir nuestros fundamentos cristianos. Solo se puede dialogar cuando en el otro lado hay un mínimo de lealtad, de voluntad de coincidencia. Hay que acotar el significado y valor de la libertad, exactamente igual que el diálogo, mientras que el grado de compromiso y servicio no debe tener nunca límites.

Si hoy vivimos una ofensiva cultural, prioritariamente hay que ser capaces de presentar una alternativa cultural sobre nuestros fundamentos cristianos, y no seguir en la incomparecencia que ha presidido demasiadas actitudes en estos años.

Por todo ello, la próxima semana, un conjunto de personas e instituciones vamos a presentar una alternativa cultural, con el símbolo de una brújula, con el objetivo de recuperar una dirección hoy perdida, con una nueva denominación NEOS, (norte, este, oeste y sur), esto es, los puntos cardinales, para recordar los fundamentos cristianos de nuestra civilización.

Volviendo al concepto de optimista y pesimista, siempre prefiero utilizar el valor de la esperanza. El pesimista es aquel que se detiene y paraliza ante este crudo diagnóstico y no se siente partícipe de cambiar esta situación. El termómetro del optimismo es el grado de respuesta, movilización y acción, en definitiva, del grado de servicio.

Permítanme una última reflexión con la que suelo concluir mis últimas intervenciones, y también ésta sobre la libertad y la obligación.

La crisis de civilización, de fundamentos, de la verdad, de la persona, están basadas en una crisis por encima de todas ellas, que hay que saberla enunciar, aunque no sea políticamente correcta: la crisis de fe, el desprecio por la dimensión espiritual y religiosa de la persona, de la sociedad.

Por supuesto que nadie trata de imponer, obligar a todos los españoles y europeos que compartan nuestra fe. Nosotros en este ámbito cultural, lo que simplemente tratamos es de acabar con esta obsesión enfermiza que nos preside contra los fundamentos cristianos de Europa, contra la cultura de la vida.

El debate más importante en Europa no se va a producir en el futuro inmediato entre una derecha tradicional frente a una izquierda tradicional, más o menos impuestos, más o menos dimensión del sector público.

El debate más importante tendrá lugar entre relativismo y fundamentos cristianos, entre quienes no creen en nada o casi nada y quienes queremos creer, aunque por ello nos llamen fundamentalistas.

Ni Europa ni España se regenerarán despreciando su dimensión religiosa y espiritual. No se regenerarán abrazando la nada, ni el relativismo ni mucho menos la venganza y revancha frente a los fundamentos que han sido el núcleo de nuestra civilización.

Ni Europa ni España se regenerarán desde la mentira. Por el contrario, nosotros tenemos que buscar la verdad, queremos confirmar que la verdad nos hará libres, desde la autenticidad de nuestras convicciones, fundamentos y sobre todo desde el compromiso.

Señoras y señores: libertad y compromiso.

Comunicar la fe en el siglo XXI

Rafael Palomino. Catedrático de Derecho Eclesiástico del Estado de la Universidad Complutense

- Título, manual de autoayuda tipo "El alemán fácil en diez sesiones", "Hablar en público está a su alcance".
- No es un elenco de técnicas. Es una propuesta o una invitación para pensar durante estos días en la convivencia o en el curso anual. Un punto de partida, más que un punto de llegada.
- Advertencia importante, la sesión no trata sobre apostolado personal de amistad y confianza, aunque lo abarca, sino de un cambio cultural, de la nueva evangelización, de un horizonte de significado en la línea de los Congresos generales de 2002 y 2017 que don Javier formuló así: fomentar «una nueva cultura, una nueva legislación, una nueva moda, coherentes con la dignidad de la persona humana y su destino a la gloria de los hijos de Dios en Jesucristo».
- Para que sea un punto de partida, puede venir muy bien algunas orientaciones bibliográficas.
- * Peter Kreeft, "Cómo ganar la guerra cultural", Cristiandad, 2017, este sí que suena a manual de autoayuda.
- * Fabrice Hadjadj, "La suerte de haber nacido en nuestro tiempo", Rialp, 2016.
- * Ivereigh, A.; Cierva, Y. de la, "Cómo defender la fe sin levantar la voz: Respuestas civilizadas a preguntas desafiantes", Edición: 1, Ediciones Palabra, S.A., Madrid, 2016.
- Contexto de esta bibliografía es la Carta del Padre de 14 de febrero de 2017 + Libro electrónico "Razón y fe según Benedicto XVI".

- En punto de partida es el aquí y el ahora: una sociedad post-secular. En 1979 el 90,3% se declaraba católico, en 2019 (es decir, 40 años después) el 67,5%. En 2017 se celebraron en España 171.454 matrimonios de los cuales solo 42.158 fueron canónicos. Ese mismo año se produjeron en España 102.342 divorcios lo que nos sitúa en el 5º puesto en Europa. También en 2017 se produjeron la brutalidad de 94.123 de abortos, un 1 por ciento más que en 2016. Llevamos ocho años perdiendo natalidad y nos encontramos ya con la tasa más baja de Europa junto con Malta. Contrasta que un buen número se declare católico pero que no vive las exigencias morales básicas.
 - El contexto de otros países no es muy diferente. Por eso podemos hablar con el rabino británico Jonathan Sacks de un cambio climático cultural.
 - España todavía es un ejemplo excepcional en el sentido de que no hay ninguna otra institución, asociación, partido político u ONG —excepción hecha del fútbol— que consiga domingo tras domingo reunir a tantas personas entorno a un acontecimiento que se llama la Santa Misa.
 - Pero en países en los que se ha sufrido con mucha más intensidad los efectos del terremoto moral, hay una conciencia derrotista que concluye "hemos perdido la guerra cultural". Obergefell. Sí, todos seguimos hablando de libertad, igualdad, derecho humanos... pero en el fondo estamos hablando de cosas totalmente diferentes: derecho a la vida, la familia, la educación... ¿Qué se puede hacer cuando hemos sido derrotados en la guerra cultural?
 - Pensadores cristianos las distintas opciones (OJO NO INCOMPATIBLES NI CONTRARIAS, DISTINTOS PUNTOS DE VISTA).
1. La Opción Benedictina, de Rob Dreher. El despertar de la señorita Prim de Natalia SanMartín. Generación de comunidades un poco apartadas para preservar el sentido común, el pensamiento cristiano bajo el manto protector del respeto a la tradición.

2. La Opción Gregoriana, por San Gregorio Magno, muy cercana a la anterior, la idea que enlaza con centros culturales y espirituales de sesgo monacal que preservan la fe. También relacionada con la idea de las minorías creativas de Benedicto XVI (Pera, M.; Ratzinger, J., Sin raíces: Europa, relativismo, Cristianismo, Islam, 1. ed., Ediciones Península, Barcelona, 2006).
3. La opción Escrivá, los cristianos como esa inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad, también en el hábitat cultural. Transformar el mundo desde dentro. Dar la vuelta al mundo como un calcetín. D. Julián Herranz aquella visita de padres conciliares a nuestro Padre: a los laicos corresponde animar cristianamente las estructuras del orden temporal, del mundo, para transformarlas. El Fundador, con mucha decisión y una amable sonrisa, intervino: **¡Si tienen alma contemplativa, Excelencia! Porque si no, no transformarán nada; más bien serán ellos los transformados: y en vez de cristianizar el mundo, se mundanizarán los cristianos.** La opción Escrivá llama constantemente a la unidad de vida.

La actitud y el trabajo de siempre.

Surco 428 Para ti, que deseas formarte una mentalidad católica, universal, transcribo algunas características:

- amplitud de horizontes, y una profundización enérgica, en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica;
- afán recto y sano –nunca frivolidad– de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia...;
- una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos;
- y una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida.

Una llamada a cambiar el mundo, precisamente a través de las circunstancias propias de cada uno, en y desde.

Algunas consideraciones más concretas.

1. La metáfora conceptual o los marcos lógicos del debate vienen impuestos. George Lakoff (No pienses en un elefante), Michael Foucault, Ivereigh "Cómo defender la fe sin levantar la voz". "Si dices que el preservativo es pecado, estás propagando el SIDA", "estar en el lado correcto de la historia", "homofobia hetero-patriarcal". Reelaboración de los marcos conceptuales, pero no solo como técnica, sino como un apoyo a la verdad de las cosas.
2. El medio es el mensaje (Marshall McLuhan). Fabrice Hadjadj: "Si ese medio es el Mediador en carne y hueso (Hb 8, 6), el formato se metamorfosea en forma divina". La referencia última es Cristo. "Centralidad de la persona de Cristo" (Carta 14.II.2017). San Juan Pablo II JMJ de Tor Vergata (19/08/2000, Vigilia de oración): "En realidad, es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis la felicidad; es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es Él la belleza que tanto os atrae; (...) es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar." Benedicto XVI Spes Salvi: "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona."
3. Comunicar la fe no exige ser un community manager. El peligro de sentirse en la necesidad de hacer presente todo tipo de material religioso en Facebook, Twitter, Instagram y en una lista de Whatsapp. No todos podemos ni tenemos que ser Jordan Peterson o el obispo Robert Barron. ¿Pérdida de tiempo, vanidad? Fabrice Hadjadj: "Que la interposición de los medios no impida la exposición ante las personas".
4. Procura tener un plan de formación siempre en marcha. Entender el mundo en el que vivimos. Entender el ser humano. Jordan Peterson saca tanto provecho a la Biblia o a los clásicos rusos. Carta 14/02/2017: "conviene elaborar, con prudencia y con audacia, un plan de formación adecuado a cada persona, empezando por las más jóvenes, para que tengan ideas bien

fundadas. Sin encerrarse en una actitud meramente defensiva, es necesario hacerse cargo de los aciertos de las distintas posturas, dialogar con otras personas, aprendiendo de todos y respetando esmeradamente su libertad, más aún en materias opinables." Leer, leer, es un medio para pensar, para entrar en diálogo. En tiempos como el curso anual o la convivencia. Un mínimo imprescindible en la newsletter de Acepresa.

5. Todos podemos hacer algo. Ronin (Robert De Niro): "si no eres parte del problema ni parte de la solución, entonces eres parte del paisaje"... Edmund Burke "Para que triunfe el mal, basta con que los hombres de bien no hagan nada", D. Federico Suárez. El ejemplo de Don Javier Echevarría (Don Javier "En la tierra como en el cielo" Álvaro Sánchez león, «se sentía parte de la conversación del mundo», y no solo para defender o impulsar la Obra. «A veces me llamaba y me decía: He leído en el periódico esta crítica al Papa. Pensad qué se puede hacer, por favor. No se quedaba tranquilo hasta que le presentábamos cinco acciones positivas; la mayoría de las veces eran cosas que no tenían relación con el Opus Dei»). Hacer algo también es recordar principios totalmente elementales. Fabrice Hadjadj: "La Iglesia está en este mundo principalmente para revelar a Dios, cuando lo cierto es que su tarea se reduce cada vez más a preservar lo humano. (...) Es la presencia del Eterno y se convierte cada vez más en la garantía de lo temporal.

Una "nueva" evangelización, comunicar la fe en el siglo XXI no lo de siempre, es actualizar lo perenne si inmovilismos. Jaroslav Pelikan, profesor de Yale: "La tradición es la fe viva de los muertos; el tradicionalismo es la fe muerta de los vivos. La tradición vive en diálogo con el pasado, pero recordando dónde estamos, el momento en el que estamos y que somos nosotros los que tenemos que decidir".

(...) no hay caminos hechos para vosotros... Los haréis, a través de las montañas, al golpe de vuestras pisadas (Camino 928).

Peregrinos y errantes. Sobre libertad y compromiso en el mundo actual.

José María Torralba[Fía 02 PhD 07], profesor titular de Filosofía y director del Instituto Core Curriculum

Cada generación necesita pensar de nuevo la libertad. Hoy, esa capacidad que permite a cada uno dirigir su vida produce también una cierta sensación de malestar. No es fácil orientarse entre tantas opciones y, sobre todo, nos cuesta sentirnos libres al adquirir compromisos como la amistad, la familia o el servicio a los demás. La solución pasa por descubrir que la libertad no se reduce a la autonomía. Ese es solo el primer paso de un itinerario que termina en el amor. Necesitamos aprender a caminar por la vida como peregrinos que tienen un hogar y saben a dónde se dirigen, en vez de como errantes que se creen libres por carecer de ataduras.

«Morir es como ir a casa». Esto es lo que el pastor **John Ames** respondía a sus feligreses cuando le preguntaban por el final de la vida. Lo cuenta **Marilynne Robinson** en su novela *Gilead*, ganadora del **Pulitzer en 2005**. El narrador es el propio **John**, que escribe una larga carta a su joven hijo. Al pastor le sorprende descubrir que, en el ocaso de su existencia, se siente como en casa en este mundo. Con esta paradoja arranca la bella historia del libro.

He elegido esta imagen no porque vaya a hablar de la muerte, sino porque me propongo argumentar que, en su significado más genuino, **ser libre es «sentirse en casa» en el mundo**, en las circunstancias de la propia vida.

REIVINDICAR LA LIBERTAD

El sentido común nos dice que somos libres porque, aunque estemos condicionados por la cultura o la educación, podemos considerarnos autores de nuestras acciones. Actualmente, la libertad se concibe como un fin en sí misma, hasta el punto de que **puede parecer que somos libres para ser libres**. Es cierto que libertad significa —en primer lugar— capacidad de autodeterminarse; sin embargo, más allá de poder elegir, lo decisivo es **para qué tenemos libertad**. Por eso, al pensar en ella, siempre surge la pregunta «¿Hacia dónde me dirijo en la vida?». El mismo sentido común enseña que a nadie le gusta equivocarse, y nos recuerda que **no son igualmente buenos todos los itinerarios vitales que podemos recorrer**.

En su significado más genuino, ser libre es «sentirse en casa» en el mundo, en las circunstancias de la propia vida.

El desconcierto que provoca la posibilidad de errar no debería llevarnos a desconfiar de la libertad. En los últimos años han surgido formas de pensamiento en las que —como reacción a la cultura contemporánea— ser libre se considera ante todo un problema, porque dificultaría acertar con el bien. No les faltan motivos a quienes así piensan. Por ejemplo, **es frecuente asociar el relativismo dominante con la libertad**, hasta el punto de que esta se identificaría con poder elegir lo que se desee, de modo arbitrario.

Sin embargo, **instalarse en la desconfianza supone olvidar que la libertad es limitada e imperfecta**, precisamente porque se trata de una cualidad de seres humanos. Ciertamente, nos hace capaces de lo más bajo, pero también —y sobre todo— de lo más alto y noble. **Sin libertad no habría amor**. En su dimensión más profunda amar consiste en entregar y compartir la vida con otra persona. El amor es lo más valioso que tenemos y constituye la respuesta definitiva al para qué de la libertad: **somos libres para poder amar**. Una vida sin libertad sería la de un esclavo, en sentido jurídico, psicológico o cultural. Por todo ello, hoy más que nunca **es necesario reivindicar la libertad tanto ante quienes desconfían de ella como ante quienes la reducen a mera elección arbitraria**.

LA TENSIÓN ENTRE AUTONOMÍA Y COMPROMISO

En la actualidad, la libertad se entiende principalmente como autodeterminación o autonomía, cuyo único límite sería la libertad de los otros. A la vez, si preguntamos a alguien qué hay de valioso en su vida, seguramente mencionará compromisos con otras personas: relaciones de amistad y de amor, vínculos familiares, proyectos profesionales, causas sociales o pertenencia a una comunidad religiosa.

Autonomía y compromiso no se contradicen, pero a veces resulta difícil hacerlos compatibles: sin libertad no habría compromisos, pues se convertirían en meras costumbres sociales; sin compromisos, la vida perdería lo que tiene de valioso. En realidad, son dos caras de una misma moneda: **tenemos libertad para comprometernos**. Sin embargo, en ocasiones los compromisos acaban experimentándose como ataduras que ahogan y se toma la decisión de deshacerse de ellos, incluso pagando el alto precio del dolor de la ruptura de una amistad o de una crisis familiar. **¿Acaso la libertad es más una carga que un don?** La respuesta depende de si hay algún modo mejor de entenderla que únicamente como autonomía.

La vida de cada persona es un camino que se recorre empleando la libertad. Puede decirse —con una imagen del papa **Francisco**— que hay dos maneras de hacerlo: como peregrinos o como errantes. El peregrino ha partido de su hogar, tiene un destino y cuenta con vínculos personales en los que apoyarse. En cambio, el errante sigue itinerarios marcados por las necesidades inmediatas, está desvinculado de los demás y en ningún lugar se siente en casa.

La tensión entre autonomía y compromiso es una de las principales causas de malestar en la sociedad. Se trata del mismo fenómeno que describió **Charles Taylor** en *La ética de autenticidad* hace ya casi treinta años. Nuestra época es la del «malestar de la modernidad», porque los grandes logros sociales —como los derechos individuales o el principio de eficiencia que lleva al progreso económico— son, a la vez, causas de desasosiego en la vida de las personas —como el individualismo o la mentalidad utilitarista—. Esa libertad que acertadamente defendemos produce también sinsabores. **La paradoja es que en este mundo tan libre resulta difícil acertar con el modo de em-**

plearla. El problema está en buscar soluciones externas —en la organización social, económica o política— para algo que **solo puede resolverse en nuestro interior**. Lo que necesitamos es responder a la pregunta «**¿Para qué tenemos libertad?**».

LIBERTAD-DE Y LIBERTAD-PARA

La libertad tiene diversos sentidos o dimensiones. En la época de la Revolución Francesa, **Benjamin Constant** distinguió entre la libertad de los antiguos —característica de la polis griega— y la de los modernos —que explica el contrato social—. **Alejandro Llano** recoge esta distinción en **Humanismo cívico** con la terminología de **libertad-para** y **libertad-de**. En el primer caso se subraya la visión clásica: el ser humano es social por naturaleza, necesita de los demás para alcanzar la felicidad, y se fomenta la participación social. En el segundo, la libertad se entiende en su sentido moderno: derechos del individuo ante los demás y el Estado, separación entre esfera pública y privada, y el interés propio como motor de la interacción social.

Si se trasladan esas categorías del pensamiento político al ámbito individual, se comprueba que no se trata de dos sentidos contrapuestos o excluyentes, sino complementarios. Son como dos escalones, donde la libertad-de es la base sobre la que se asienta la libertad-para. La libertad-de consiste fundamentalmente en la capacidad de elegir. La experiencia principal es que el futuro no está escrito. Sin esto, desaparecería el concepto de responsabilidad y nos encontraríamos en un mundo sin promesas ni contratos, sin alabanzas ni reproches. Sería como lo que imagina Aldous Huxley en *Un mundo feliz*: niños programados desde la cuna, pastillas que resuelven los problemas personales, y exilio para quienes se preguntan por el bien y el mal.

La libertad nos hace capaces de lo más bajo, pero también —y sobre todo— de lo más alto y noble. Sin libertad no habría amor.

Desde la perspectiva de la libertad-de, la persona es más libre cuantas más opciones tiene para elegir y, en cambio, lo es menos cuando se compromete. Por su parte, la libertad-para es precisamente la capacidad de asumir compromisos, entendidos en el significado

coloquial de la expresión. Cuando decimos «Esta persona está muy comprometida» nos referimos a alguien que se toma en serio lo que hace, que sabemos que estará ahí cuando la necesitemos e incluso, si es necesario, antepondrá el bien del otro al suyo.

La libertad-para presupone la libertad-de, porque **la adquisición de compromisos auténticos requiere que no haya coacción**. A la vez, se trata de un ámbito más completo. Decisiones sobre con quién compartir la propia intimidad o en qué trabajo dará uno lo mejor de sí se toman porque ofrecen respuestas a la pregunta «¿Hacia dónde dirijo mi vida?». **El amor, la familia, el servicio a la sociedad o la religión dan acceso a maneras de vivir donde se hacen realidad bienes que —si alguien nos preguntara— incluiríamos en nuestra lista de lo valioso**. Lo bueno no es una idea abstracta, sino que tiene nombre de persona: un amigo, un hijo, un cónyuge, Dios. El bien está, de modo paradigmático, en las acciones que realizamos para esas personas o junto con ellas.

EL PEREGRINO PARTE DE UN HOGAR

No hay un punto cero en la existencia de una persona. **Al ponernos a pensar a dónde dirigirnos, ya estamos inmersos en un conjunto de relaciones familiares, sociales y profesionales**. Si todo se redujera a libertad-de, estos compromisos serían un lastre para la autonomía. En cambio, desde la libertad-para se reconoce que ese es el punto de partida. No se trata solo de algo inevitable, sino también positivo. **El peregrino parte de un hogar**, en el que encuentra lo necesario para vivir. Su primera tarea consiste en reconocer los bienes que gratuitamente ha recibido —el cariño, el cuidado o la educación— y en asumir los compromisos ya presentes en su vida. Si encuentra aspectos deficientes, los corregirá o los abandonará.

Conviene evitar la confusión tan frecuente de pensar que el compromiso es libre exclusivamente porque nadie nos ha forzado y porque podemos deshacerlo. Eso sería simplemente libertad-de, pero no todavía libertad-para. Desde luego, la experiencia demuestra que nadie está condenado a mantener una amistad, ni a seguir involucrado en su profesión, ni tan siquiera a continuar con un matrimonio. Pero lo

consideramos como algo negativo, como una pérdida, precisamente porque lo que buscábamos era tener un amigo, ser un profesional dedicado o estar casado.

Si tengo libertad, ¿por qué me siento prisionero?

Encuentro de jóvenes con la Madre Verónica

Comienzo con una experiencia de Santa Teresa Benedicta de la Cruz, carmelita de origen judío, que murió mártir en la cámara de gas del campo de concentración de Auschwitz:

"Mi vida había desembocado en una vivencia que sobrepasó mis fuerzas, que había consumido toda mi energía vital y me había privado de toda capacidad para actuar.

El cristianismo me ha liberado de la vida que me había tirado por tierra y, al mismo tiempo, me ha dado la fuerza para retomar, agradecida, la vida de nuevo. Por tanto, puedo hablar en el sentido más profundo de un 'renacimiento'. Ahora mi vida no me pertenece, me dije a mí misma. Todas mis energías están al servicio del gran acontecimiento".

Alguien tenía que morir para que yo siguiese viviendo...

Desde vuestra invitación, estaba deseando contaros un hecho que me sucedió hace unos meses y creo que puede ayudarnos en nuestra reflexión. Recibí una llamada, era una joven a quien le acababan de hacer con éxito un trasplante de corazón.

Su corazón extenuado se estaba apagando, se le iba agotando la vida por una enfermedad progresiva y rápida. A sus 24 años, Yara estaba a las puertas de la muerte, en cualquier momento su corazón podía dejar de latir.

Aunque el resto de los órganos los tenía sanos, el corazón al palpar cada vez más lento dejaba circular con dificultad la sangre al resto del cuerpo; y al ritmo lento del corazón también se le iban debilitando y apagando los demás órganos.

Yara era una joven bella, deportista, incluso había logrado más de un triunfo, se comía el mundo, llena de sueños para su vida. Pero llevaba tres años prácticamente sin poder moverse apenas, su corazón se fatigaba con solo dar unos pequeños pasos que la dejaban extenuada, postrada.

El punto central y vital de su cuerpo dejaba de bombear vida. Aunque los médicos luchaban por ella, no se podía hacer nada, y le quedaba muy poco tiempo de vida. Solo había una esperanza, casi un milagro... que llegara una llamada urgente del hospital para un trasplante.

Se hizo una cadena de oraciones entre su familia, sus amigos y tantos que se unieron para pedirlo.

Yara deseaba vivir más que nunca, pero le costaba rezar porque, al pedir un corazón para ella, alguien tenía que morir para que ella pudiese seguir viviendo. Eran sentimientos encontrados.

En el límite ya de la extenuación, cuando su mirada también se iba apagando, una llamada del hospital. Detrás del teléfono la voz más que alegre de una doctora que la conocía y que también había rezado esperando este momento: "Alégrate

-le dijo-, tenemos un corazón sano para ti. Todo está preparado para el trasplante, un nuevo corazón te espera. Los médicos estamos preparados, el quirófano también. Ha salido ya una ambulancia a buscarte".

Yara calló y comenzó a llorar. La doctora pensó que lloraba de miedo y emoción y le dijo: "No te preocupes por nada, abandona todo en las manos de Dios y de los médicos".

Pero Yara estaba sobrecogida y con un sentimiento difícil de describir. No podía pensar en sí, solo pensaba en la joven que había muerto: ¿quién era la donante de su nuevo corazón? y ¿cómo podría agradecer este don inesperado a las puertas ya de la muerte?

La donante era una joven algo menor que ella que había muerto en un accidente de coche. Una joven sana, también deportista, de salud perfecta... Había fallecido al impactar dos coches de frente. Y ella misma había firmado ser donante a sus 18 años.

Al acabar la larga operación la enfermera le dijo:

"Todo ha ido bien, tu cuerpo parece que acoge sin problema el nuevo corazón trasplantado. Ahora tienes un Ferrari en tu pecho. Tu corazón enfermo ya no está, ¡estrenas corazón! Ahora, poco a poco, a seguir muy bien las pautas médicas y pronto, recuperada, podrás viajar, caminar, correr, vivir sin miedo con tu nuevo Ferrari".

"¿Un Ferrari en mí? –exclamó ella–. Hacía tan solo unas horas que daba gracias por haber amanecido un día más. Pero creo que el milagro más grande no ha sido el trasplante, sino la revolución interior que me ha llegado con este corazón donado que ahora late en mí... ¡Qué bueno es el Señor, estoy sobrecogida!... Hace tiempo que estaba enfadada con Él, me rebelaba por tener que morir casi sin haber vivido; sentía que me habían cortado las alas...

Ahora pienso: ¿por qué exigía con lamentos y quejas vivir si todo lo que tenía y tengo lo he recibido?, ¿por qué me apropio hasta de la vida? Mi salud deshecha me dejaba en evidencia que nada me pertenecía, que todo es don. Y ahora... Él me regala otra oportunidad. Me lo ha dado todo tan inmerecidamente...

¿Otra oportunidad? Si soy sincera, es la oportunidad primera para empezar a vivir en verdad, sin olvidar jamás que vivo en virtud de un corazón donado.

Aunque era cristiana, me planteo si llevaba el crucifijo un poco como adorno, bien atado a mi cadena de oro, pero tan solo en mi pecho y no sé si dentro del corazón. Ahora quiero custodiar la fe como un tesoro único.

Creo que esta dolorosa enfermedad era necesaria para volver a tener conciencia de ser criatura, dependiente de Dios; para pronunciar abrazando con todo mi ser el nombre del Señor de la Vida, Jesucristo, como algo verdaderamente mío. Él pacientemente me estaba esperando... El amor que tanto he buscado es Él, soy suya, a Él le pertenece mi vida, es mi Dueño y Señor".

Escuchamos esto... sobrecoge, da emoción y susto.

Imagino que estaréis sintiendo lo que yo sentía: ¡qué impacto!,

¿cómo podría ahora olvidarse del valor de su vida?

Si me pasara a mí, aunque ni me lo puedo imaginar, estaría feliz, y seguro que también lloraría mucho pensando que alguien tuvo que morir para que yo siguiese viviendo. Y me haría firmes propósitos... "De ahora en adelante viviré para hacer felices a los demás, ya no quiero vivir más en mi egoísmo, en mi micro- mundo, nunca más volveré a desperdiciar el tiempo, a preocuparme por tonterías, a despreciar los verdaderos valores de la vida, seré más agradecida..." Todo esto me diría yo y seguro que vosotros, con más generosidad, aún más...

En la Biblia se dice que la vida del hombre es como "flor del campo que por la mañana brota y por la tarde se marchita"¹. Es crucial no olvidar y sentir que la vida está acompañada por la memoria de la fragilidad. Sabemos que la puerta de la muerte nunca la podremos cerrar. Pero, ante el miedo a la muerte, casi siempre reaccionamos intentando alejar lo más tarde posible el momento de la muerte. Sabemos que este no es el camino, porque no estamos creados solo para esta vida limitada y corruptible... Tenemos sed de vida eterna. Estamos destinados a entrar en el 'día sin ocaso'.

Atención... ¡TÚ TIENES EL CORAZÓN DE CRISTO!

¿Has vivido hoy la Eucaristía?

Cristo en cada Eucaristía llama suavemente a tu puerta: "El que tenga sed de vida que venga a Mí y beba el agua de vida que manará en sus entrañas y que salta hasta la vida eterna"².

¿Por qué a veces los cristianos nos olvidamos del mayor de los acontecimientos, que además es un don presente recibido día tras día?

¿Hay mayor milagro?... El corazón mismo de Dios, tu Creador, traspasado a su pequeña criatura. A nuestra pequeña casa viene el Rey de la gloria, quiere habitar en mí.

1. Cfr. Sal 103, 15; 90, 6

2. Cfr. Jn 7, 37-38; 4, 14

Cada día eres invitado a recibir el Corazón humano-divino, el único que es eterno, que late siempre al ritmo del amor que no acaba nunca. Un corazón que tiene Sangre incorruptible, vida eterna.

Él quiere tu corazón para darte el Suyo: "Todo lo mío es tuyo"³, te dice el Señor. "Mi Cuerpo entregado en ti, mi Sangre derramada en ti, mi Espíritu en ti". Cristo y tú una sola vida.

Mía es su pasión por vivir y amar hasta el extremo, por entregar la vida hasta el fin. Donde hay Eucaristía no hay decaimiento.

¿Cómo podemos decir entonces que no nos sentimos amados... que estamos tristes, que nos sentimos solos?

'Creer' no significa simplemente admitir la existencia de Dios, sino acoger su misma Vida en ti, su pensar en ti, su sentir en ti.

Quien vive la Pascua, el paso de Cristo cada día en la Eucaristía, quien es visitado por el Amor y se rinde a él apenas puede describir el asombro de su verdadera identidad que le trasciende totalmente: "Solo en Cristo Jesús sé quién soy".

El apóstol Pablo llegó a afirmar: "Vivo yo, más no soy yo, es Cristo quien vive en mí"⁴. ¿Acaso no es un trasplante lo que tú has recibido? Jesucristo, mi inseparable vivir⁵, mi vida para siempre.

¡Qué locura el amor de Dios, qué incomparable ternura y caridad⁶; tengo el corazón de Cristo! Él no nos ha entregado al poder de la muerte: Cuando mi vida tocaba las puertas del abismo, cuando yo no daba nada por mí, Él salió a mi encuentro, estaba muerto y me devolvió la vida... ¡Ha resucitado! y la victoria de nuestro Dios es nuestra victoria.

Solo quien dirige la mirada a Jesús crucificado puede contemplar el precio de su vida y el valor de su libertad: "Me amó y se entregó por mí"⁷. Quien se deja herir por aquel que fue traspasado encuentra la orientación de su libertad, el sentido de su existencia: libres para amar.

3. Lc 15, 31

4. Ga 2, 20

5. San Ignacio de Antioquía

6. Pregón Pascual

7. Ga 2, 20

Él nos liberó entregando la vida libremente, atándose al madero de la cruz. Él ha tomado y cargado sobre sí todas nuestras heridas y, en su cuerpo roto, hemos sido sanados.

Desde ese momento en adelante, ninguna herida, caída, enfermedad, ningún mal, ni siquiera los enemigos que nos acechan por fuera y tampoco los que anidan en nuestro interior, podrán separarnos del amor de Dios... Todo lo podemos en Aquel que nos ha amado hasta el extremo.

La felicidad es la certeza de ser amado y de poder amar. "Solo el amor me lo ha explicado todo", afirmaba Juan Pablo II. Y el amor está en ti, no fuera de ti.

Si todo está dado, ¿qué paraliza nuestro corazón? ¿Qué poder tienen nuestras losas si Cristo ha resucitado? ¡Ninguno, ninguno!...

Que nadie se me agobie pensando en el pasado, en el tiempo perdido... Hoy seguimos siendo radicalmente libres por su Amor sin medida.

Y ¿qué he de hacer?... Dejarte hacer

Alguno estará pensando... y ¿qué tengo que hacer?

¿Qué hace un enfermo para que le trasplanten un corazón?... Dejarse caer en las Manos de Cristo Médico, abrazar el amor y no soltarlo jamás.

No se nos pide hacer nada, sino dejarnos hacer por Él, dejar a Dios ser Dios. Quizá os preguntéis: Pero... dejarse hacer, ¿no es algo demasiado pasivo?

El amor es lo más activo y vivo que existe. En el amor nunca hay pasividad; dejarse hacer es la respuesta más apasionada, más amorosa de la criatura a su Creador; es permanecer en una libre entrega; es vivir flexible a su querer; es permitirle hacer lo que solo Él, mi Creador y Hacedor, puede hacer en mí.

La obra maestra de Dios eres tú, lo que Él hace en ti. El 'heroísmo' demuestra lo que puede hacer el hombre; la santidad manifiesta lo que el amor de Dios puede hacer en ti.

Un pequeño descanso y respiro de oración...

En el siglo II, san Ireneo, discípulo de un discípulo de san Juan, escribía: "No estás acabado, Dios te está haciendo.

No haces tú a Dios, sino que Dios te hace a ti. Puesto que eres obra de Dios, aguarda la mano de tu Creador y Artífice, que todo lo hace en el tiempo oportuno para ti, que eres su criatura amada.

Preséntale, ofrécele tu corazón dócil y maleable, y conserva la imagen con que Él te modeló. Conserva la humedad del Espíritu, no vayas a perder, endurecido, las huellas de sus Dedos. Si desprecias el Arte de sus Manos, si te vuelves ingrato con quien te creó, malogrará su obra y entonces perderás su Arte y su Vida.

Déjate configurar al que te está trabajando. Sus Manos, que crearon tu ser, te ungirán por dentro y por fuera; te embellecerá de tal manera que el propio Rey codiciará tu hermosura.

Crear es propio de la benignidad de Dios, ser creado es lo propio de la naturaleza del hombre. Dios solo sabe hacer bien, y dejarse hacer es el bien del hombre.

Si te dejas hacer por Dios, si le entregas la fe sostenida en Él y la obediencia, te gozarás en su Arte y serás obra maestra de Dios.

Porque la gloria de Dios es el hombre viviente, y la vida del hombre es ver a Dios".

Sed de libertad

Cristo no vence al que no se quiere dejar vencer. Él vence solo por el amor. "¿Me amas?", preguntó el Resucitado a Pedro. Hoy te pregunta a ti: ¿me amas?

"Tú lo sabes todo, mi Señor, Tú sabes que te quiero"⁸. No hay amor sin libertad. ¿A quién le gustaría que le dijeran: "te quiero porque debo quererte, te quiero porque es mi obligación y no me queda otro remedio..."? ¿Te gustaría? A Dios tampoco.

La omnipotencia del amor de Dios se detiene ante el umbral de la libertad de nuestro corazón, y el amor no fuerza jamás, no puede ser impuesto. Incluso en las fábulas, por más que la princesa sea encerrada en el palacio y el señor del palacio grite: "¡es mía, solo mía!", se pone de manifiesto que el amor solo puede nacer de una decisión de libertad. Así nadie es feliz ni hace feliz.

Dios no crea 'marionetas con hilos invisibles', como un día me tocó escuchar... Dios está a favor de la libertad del hombre, no es un rival del bien del hombre. Él es la Fuente de la libertad.

El que hizo nuestro corazón sabe bien que nuestra vida no progresa por órdenes o prohibiciones sino por una seducción de amor, por una atracción, por una pasión de amor.

Él no pide nada a los suyos sino la libertad de quedarse o de irse... "¿También vosotros queréis marcharos?"⁹, les preguntó a sus discípulos. Él se expone, desarmado, a aceptar también el rechazo.

Así es su Amor. Nada ni nadie podrá atar mi libertad, si yo no quiero. Sin embargo, a Dios podemos 'atarle las manos'... así lo hicimos en la Pasión¹⁰.

La libertad es un misterio suspendido entre dos libertades, la del hombre y la de Dios; pero, si el hombre le da la espalda, nada impide a la libertad de Dios amarle, sacrificándose a sí mismo.

Dios respeta y defiende nuestra libertad más que nosotros mismos, pero nunca se cansa de proponer al hombre metas más altas para su vida con la novedad, el atractivo y la belleza del evangelio que dinamitaría una vida gris y rutinaria, aburrida.

¿Qué sucede para que el joven de hoy tan preocupado por la liber-

8. Jn 21, 15

9. Jn 6, 67

10. Jn 18, 12

tad sea tan poco libre? Al querer vivir 'libre de Dios' se hace esclavo de sí mismo y de sus pasiones sin saber cuál es el camino de la verdadera libertad, sin plantearse con gravedad la vida ni ponderar las elecciones que hace.

La palabra libertad se conjuga con dos preposiciones: 'de' y 'para'. Quiero ser libre de... todo vínculo, desligado de... cualquier compromiso de entrega y fidelidad. Libre de esto, pero... ¿para qué? Eso no es ser libre, es 'ser liberado de'... todo y de todos para el disfrute máximo, el narcisismo, el hedonismo.

La esclavitud es creer que uno es libre cuando, en realidad, es esclavo de sí mismo y no se da cuenta de que carece de libertad. La peor amenaza para la libertad no es que se pueda perder, sino que se pierda el gusto por ella, que se deje de desear la verdadera libertad.

Sed de amor

¿Qué puede salvarnos si no es el Amor? ¿Qué puede salvarnos de la nada, de la tristeza, de la soledad... sino el Amor? ¡Solo el amor!... "Si no tengo amor, nada soy"¹¹, ¡sin amor no soy nada!

Si no entendemos la libertad, tampoco entendemos el amor; y una libertad que no ama es una libertad fracasada.

Decimos, ¡y con verdad!, que queremos ser libres, deseamos rabiosamente ser amados, encontrar un amor puro, verdadero, auténtico... Pero ¿qué entendemos por amor?, ¿de dónde esperamos que 'caiga?', ¿dónde vamos a apagar nuestra sed más profunda de amar y ser amados?

¿Por qué se hace tan largo el camino del amor? Un día me atreví a preguntarle a mi Esposo: "Si deseo tanto el amor, ¿por qué es tan largo el camino?".

¿Quién te ha dicho que es largo? No es largo el camino del amor, es lo largo que tú quieres que sea. Si planteas el camino como una

11. 1Cor 13, 2

conquista de años, un comprar el amor, no llegarás nunca. El amor es un don y es infinita gratuidad, es incondicional y para siempre, pero el amor es ofrecido a tu libertad.

La libertad juega a favor del amor. No es largo el camino del amor si tu libertad quiere abrazarlo.

"Tu sed de amor coincide con tu profunda sed de libertad...". Me pareció la respuesta más fascinante, como una declaración de amor silenciosa... Se me hacía evidente y estremecedor que el Espíritu Santo era un 'mendigo' que en mi interior tocaba a la puerta de mi corazón y quería liberar mi libertad para amar sin límites.

Sentí como si el Señor Jesús me devolviese a mí la pregunta: "Dime tú, ¿por qué, si tienes libertad, te sientes prisionera?".

Y los ojos del Amado me miraban fijamente y me indicaban el día de hoy... Déjate amar, déjate hacer. Pero yo, como tantas veces, me engaño a mí misma: "Mañana, mañana te amaré, porque estaré dispuesta a hacer más por Ti, te daré más; necesito que madure mi decisión, necesito más amor, más santidad... ¡Como Tú mereces! Mañana, mañana te daré más..."¹².

Pausas, descansillos, olvido de Dios... este es el camino del retraso. Uno mismo pone las condiciones y los requisitos... y sin embargo Él no quiere nada de ti, te quiere a ti.

Ser libre es tener el corazón cautivo, estar preso del amor.

La libertad es una locura de alegría por haber encontrado el tesoro incomparable¹³: Jesucristo, Camino, Verdad y Vida¹⁴. Entonces florece la libertad y sale lo mejor de uno mismo. Es posible el amor, puedo amar.

¿A dónde vas a calmar tu sed?

Sabemos bien que la sed del hombre no se calma de cualquier ma-

12. Cfr. San Agustín

13. Mt 13, 44

14. Jn 14, 6

nera ni con cualquier cosa. El hombre no solo tiene sed de Dios, es sed de Dios, aunque muchos lo ignoren o incluso lo rechacen. Un náufrago puede morir de sed en medio del océano a pesar de estar rodeado de agua, de un agua salada que no es capaz de calmar su sed sino de agravarla hasta enfermar y morir.

La sed pone de manifiesto el grito del Espíritu en el corazón de la criatura, por eso, el hombre no tiene que tener miedo a su sed, está en él como un bien para que no se conforme con una vida mediocre y se sienta espoleado a vivir acudiendo continuamente a Dios, su Fuente inagotable. La sed de Dios solo la calma Dios.

Me atrevo a afirmar que, a veces, quizá demasiadas, caemos donde no queremos buscando saciar por caminos equivocados el clamor de amor, felicidad, salvación, comunión, plenitud que existe en lo más profundo del hombre. El pecado muchas veces tiene que ver con los deseos más profundos del hombre que quedan insatisfechos. El hombre tantas veces no hace el mal por maldad, sino porque no toma la dirección verdadera de su vida.

Una vez leí que la libertad del hombre de hoy se puede comparar con la imagen de un saltador de pértiga que, en el momento en que tiene que pasar el listón, por arte de magia se bloquea y se queda suspendido en el aire... ¡una libertad atascada! Comienza con un buen impulso, pero a mitad del salto se llena de vértigo y... no quiere volver atrás, pero tampoco arriesga hasta el final; y después llora y se lamenta: "no puedo, no valgo, para mí es demasiado... ¿Debería conformarme?".

Se trata de decir un 'sí' sin mirar atrás y decir un 'no' a contentarnos con sobrevivir: 'ni medio muerto ni medio vivo'... ¡nunca! Con Cristo en mí puedo lo imposible... piensa esta frase: "Puedo lo que Él puede en mí".

No tengamos miedo de tomar decisiones definitivas, no nos dejemos influir por las voces del mundo que nos pueden hacer tambalear con la idea de que en la vida hay muchas otras posibilidades... y nos insinúan: ¿por qué cerrarse a una?, ¿no será que con una decisión definitiva te juegas la libertad y te atas?

Precisamente sin una decisión definitiva no madura la libertad y te atas con tus propias manos. ¿Te da más miedo entregarte al Amor que correr el riesgo de luego encontrarte triste, abatido, privado de libertad? ¿Acaso no tienes miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida plena, feliz y fecunda?

Puedo asegurarte que tomar decisiones definitivas es la única forma de no destruir tu libertad y avanzar en una vida grande. Quien no se decide por nada seguirá siendo eternamente un adolescente movido como una veleta.

Cada uno de los que estamos aquí tenemos claro que, por encima de todo, no deseamos seguirnos a nosotros mismos sino seguirle a Él. Cristo viene a enriquecer de tal modo que te descubrirás a ti mismo como un don, el tesoro de Dios eres tú.

Deja libre dentro de ti al Espíritu Santo, a la fuerza de lo alto. Aférrate a Jesús, arriésgate a dar este salto hacia lo definitivo y, con él darás a Dios la posibilidad de que pueda tomarte. La vida es un don y vale la pena ser vivida. La vida es apasionante con Cristo, porque es la única aventura humano-divina.

"Si dejas entrar a Dios en tu vida, sueña y te quedarás corto", seguro que recordáis esta frase que san Josemaría dijo en una tertulia.

Tú has visto, tienes testimonios vivos de que "quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada, absolutamente nada de lo que hace la vida libre, bella y grande. Él no quita nada, y lo da todo"¹⁵.

Sed de Verdad

Jesús ha mostrado el camino de la libertad. ¿Quién se acuerda de las palabras de Jesús?... "La verdad os hará libres". En el capítulo 8 de san Juan dice: "Si permanecéis en mi Palabra, conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres"¹⁶... Amor / verdad / libertad...

15. Benedicto XVI

El hombre tiene sed de verdad, busca la verdad. Quien la encuentra se apasiona por vivir en la verdad. La pasión por la libertad va a la par con la pasión por la verdad. Si la libertad no se abre a la verdad pierde su rumbo.

El hombre ha levantado una estatua a la libertad como si fuese una diosa, un fin en sí mismo; se exalta la libertad por la libertad, pero ¿haríamos una estatua a la verdad?

Solo en la verdad encuentra descanso el corazón. "Nos has hecho para Ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti"¹⁶. ¿Quién no se siente atraído por la Verdad, por la Belleza, por la Bondad, por el Bien?

Sabemos bien que la mentira esclaviza y nos va deshaciendo por dentro poco a poco. La mentira ata como una cadena que va sofocando los pensamientos y los sentimientos más hermosos, el amor más puro, los impulsos más verdaderos del corazón. La mentira, el egoísmo arrastran a perder la dignidad, la integridad y a hacer cualquier concesión con tal de mantener sujeto a alguien. Si vivimos de espaldas a la verdad, vivimos contra el amor y así nos destruimos ansiosamente unos a otros.

¿Cuánto se sufre tratando de defender la mentira!, ¿a que sí? Pienso que muchas de nuestras mentiras esconden la intención de conquistar mayor libertad, sin embargo, nos conducen en dirección opuesta, a malograr la libertad.

¿Qué bien conoce el corazón la voz de la verdad! ¿Por qué? Porque siempre es liberadora. Pero la voz que libera, precisamente porque es amor, no es una voz sedante ni que dulcemente anestesia. La voz de la verdad es inconfundible, tierna y potente y, cuando es acogida, trae paz hasta lo más hondo.

Jesús conoce nuestro corazón y a cada uno le pone frente a la verdad de su vivir. Vemos en el evangelio cómo a uno le dice: "reparte lo que te esclaviza", a otro: "déjate a ti mismo o deja tus redes..." A cada

16. Jn 8, 31-32

17. San Agustín

uno le desvela con misericordia entrañable aquello que necesita para ser libre, para vivir una vida feliz y fecunda.

Pero... no basta con discernir, es necesario decisión y valentía para arriesgar por la verdad; sin 'noes' firmes a ciertas situaciones, personas, adicciones... no florece el gran 'sí' a la verdadera vida.

Pero unos minutos... vamos a contar mentiras

Os quiero contar cómo estaba mi libertad antes de conocer a Cristo y que me llevara a la Iglesia, ¡pobre de mí...!

Seguro que recordáis una canción de campamentos que, cuando éramos pequeños, cantábamos a pleno pulmón, y me consta que pasa de generación en generación, como me han dicho mis hermanas más pequeñas:

"Ahora que vamos despacio, vamos a contar mentiras tra-la-rá, vamos a contar mentiras.

Por el mar corren las liebres, por el monte las sardinas tra-la-rá. Vamos a contar mentiras".

La letra seguía: "Mi abuelo tenía un peral que criaba ricas manzanas, cuando le tirábamos piedras, caían avellanas.

Con el ruido de las nueces salió el amo del peral: 'chiquillos, no tiréis piedras que no es mío el melonar...' tra-la-rá.

Ahora que vamos deprisa, vamos a contar verdades tra-la-rá, vamos a contar verdades...".

No sé a vosotros, pero a mí me ocurría tal cual antes de decidirme por Cristo. Como nada respondía a mi sed rabiosa de vida, de plenitud, de felicidad, nada me daba gusto, nada me cuadraba, entonces percibía la realidad como hostil y por nada me desazonaba.

Mi mentira era tratar de echar la culpa a la realidad, pensando que el problema estaba en lo que me rodeaba, y salía mi rebeldía de llevar la contraria a todo y a todos. Entonces pretendía, por ejemplo, que "corrieran liebres en el mar, que corrieran sardinas por los montes o

que cayeran avellanas de los meloneros y saliese enfadado el amo del peral". Muy bien, y luego qué, ¿feliz? Pues no.

Creo que sabía lo que no quería, pero si me hubiesen preguntado: "¿tú qué crees que te haría feliz y plena?, ¿qué es lo que harías tú?", no habría sabido contestar, porque me parecía que nada valía la vida entera. Sin Él seguiría siendo un ser insaciable que desea más y siempre más.

Buscamos la felicidad, la libertad, sin saber dónde, como quien busca su tesoro a ciegas, pero sabe, ciertamente, que tiene un tesoro. Yo me decía: "seré feliz cuando..., seré libre cuando..., seré por fin yo cuando...", y vivía esta vida como si llevara otra vida en la maleta, para mañana.

Así, siempre conseguía 'chafarme' el momento presente, lo empuñecía, como si solo fuera una estación de paso, y mientras, me subía como en una cinta transportadora del aeropuerto, ¡pasajera en movimiento! ¿Hacia dónde va? Pues no lo sé..., pero seré feliz cuando llegue al destino, todo menos quedarme en esta estación. Pues bien, la mala noticia es que así jamás se llega a ninguna parte. Cómo me costaba abrazar que solo existe el hoy, el aquí y el ahora.

Tantas veces pasamos por la vida a toda velocidad, corriendo alocadamente en búsqueda de distracciones, de experiencias límite. Vamos y venimos llenando la agenda de actividades y citas... ¿quizá para evitar entrar en nosotros mismos y así profundizar en las grandes verdades que requieren tiempo y que no es cómodo preguntarse? Pero... ¿podemos conformarnos con sobrevivir?

Leí en el Papa Benedicto: "Jesús es la estrella polar de tu libertad, sin Él pierdes la orientación, pues sin el conocimiento de la verdad la libertad se desorienta y confunde, y el corazón siente gran soledad".

Creo firmemente que, sin el encuentro con Cristo Resucitado, la vida no es más que un revoltijo de temores. El hombre que no se encuentra con el Resucitado es para sí mismo un enigma sin resolver, porque no encuentra el sentido de su vida y de su búsqueda.

¡Ah!... pero obviamente en mi camino no está todo hecho... porque, si un instante hoy quitara la mirada del Amado, de nuevo no entendería nada, sin su presencia se pierde el gusto por vivir. Él me recuerda y me revela quién soy: "Tú eres mi hija amada". Yo sé que, siguiéndote a Ti, Señor, soy cada día más libre.

¡Un rico tan pobre!

El encuentro de Jesús con el joven rico¹⁸ es uno de los pasajes del evangelio en el que veo más reflejado el tema de la libertad.

Es la escena en la que se encuentra Jesús con un joven acomodado que en un primer momento parece sediento de plenitud, pero después se va triste cuando Jesús, mirándolo con amor, le propone seguirle, ser libre.

Dice el evangelio que este joven era rico y notable, uno de los principales del lugar. Este es el único pasaje que conocemos en el que alguien busca a Jesús para preguntarle acerca de la vida eterna...

Busca a Jesús a todo correr. ¿Por qué va con tanta prisa un joven, rico, religioso y que cumplía bien los mandamientos? ¿Qué le oprime y agobia si lo tiene todo? Su carrera le lleva hasta arrojarle a los pies del Maestro, a quien 'obliga' a detenerse en su camino.

¡Cuánta gente siempre en torno a Jesús!, ¡cuántas peticiones!, ¡cuántas preguntas!, ¡cuánta curiosidad! Pero hoy el Hijo de Dios está todo entero fijo en uno solo joven, se detiene ante este rico que lo asalta por el camino. ¡Jesús todo suyo!

El joven rico no le había faltado gravemente, sin embargo, nunca quiso pertenecerle. Este joven no se acerca a Cristo con una vida disoluta, no está preso del diablo ni de una enfermedad física, ni de carencia alguna aparente. Que sepamos, tampoco traía experiencias vergonzosas, ni grandes errores cometidos.

18. Mt 19, 16-26; Mc 10, 17-27; Lc 18, 18-27

Venía con síntomas de infelicidad, de insatisfacción... ¿Será que le pesaba el 'yo' que hipnotiza y le llevaba a vivir en una sola clave: 'yo, conmigo mismo'?

Este joven me recuerda a la imagen de algunos jóvenes de hoy que se dejan conmover un poco por el anhelo de plenitud, pero que ante una propuesta real de vida se aflojan, se cansan antes de empezar el camino con una fatiga imaginaria, como si se dijeran a sí mismos: "¿Para qué tanta radicalidad, tanto sacrificio y entrega?, ¿de qué sirve un deseo de infinito y eternidad si estamos encerrados en un destino con punto final?...". Y prefieren sofocar su deseo drogándolo con inmediatez efímera y volviendo la espalda al Camino, la Verdad y la Vida.

Nuestro joven rico en el instante en que se aleja de Jesús queda encerrado en tristeza, tratando de ahogar en el corazón todo anhelo de plenitud; se siente abatido, perdido al huir hacia un horizonte sin esperanza. Dios nunca conduce al vértigo del desánimo donde no queda nada salvo decaimiento y tristeza, al contrario, invita a estrecha comunión.

¡Un rico tan pobre! Una pobreza autoengañada: "Tú dices: 'Soy rico; me he enriquecido; nada me falta'. Y no te das cuenta de que eres un pobre desgraciado, digno de compasión, ciego y desnudo"¹⁹. Pero la realidad es que cada día está más sediento de plenitud, de vida abundante, de vida verdadera y eterna. Recubierto de 'seguros de vida' inimaginables siente intemperie, y la eternidad... tan lejana e inaccesible.

Mirado por un amor sin límites

El evangelista san Marcos nos llama la atención con un dato inolvidable: "le miró con amor"²⁰.

Aquel joven es tristemente recordado como el 'joven rico', pero yo lo llamaría 'el joven alcanzado por un amor sin límites', el hombre que fue amado por Jesús, pero que no fue capaz de dejarse amar.

19. Ap 3, 17

20. Mc 10, 21

Creo que es el único caso en el evangelio en que alguien que se arrodilla ante Jesús con una súplica supuestamente humilde, se despidió triste y abatido, decepcionado incluso y con cierto victimismo: juzgaría que su súplica no había sido escuchada y que no se le ha dado lo que él necesitaba. Pero ¿cómo entendía él la vida eterna?, ¿como una recompensa dada al final de una vida de meritorios esfuerzos?

¿Acaso la tristeza es el don que Jesús quería dejar al joven rico? ¿Acaso es posible un encuentro con el Amor de la vida y quedarse abatido, con peso y tristeza? ¿Cómo es posible que un encuentro con el Señor deje decaimiento y desánimo en el corazón?

Su salvación estaba en esa mirada que le alcanzó. Todo estaba entregado, le miró por dentro y derramó su amor. Venía a colmarlo... Ni siquiera adivinó el tesoro que se le iba con la mirada de Jesús que derramaba luz, amor, ternura indecible.

Cuando falta el amor... ¡qué poco se aprecia una mirada! Pero, cuando se está enamorado, ¿hay algo más deseable que la mirada entregada de la persona amada?

¡Ah, si hubiera sabido leer en los ojos de Jesús!

Con las palabras del Maestro: "Véndelo todo y sígueme"²¹, le sobrevinieron las nubes oscuras. La reacción inmediata del rico a la llamada de Jesús a dejar todo y estar con Él, fue ofuscarse, ensombrecerse, oscurecerse. La alegría inicial que había llevado al joven a correr al encuentro de Jesús, termina en la tristeza de un corazón que no se dejó elegir, no eligió ser elegido.

Si tomó el camino que él quería, ¿por qué no se fue feliz? Parte triste, aún más triste, y no puede mentir a su corazón. Su tristeza consiste en 'carecer de Jesús'... ¡Esta es la tristeza de las tristezas, esta es la mayor de las pobreza!

No estuvo lejos del Reino, pero no tomó la decisión de entrar. Hu-

21. Lc 18, 22

biera bastado una sencilla confesión: "Me siento frágil, pero me apoyo en Ti. Antes yo era el héroe de mi vida, quería que me pidieses más y darte más. Ayúdame, soy cobarde. Estoy cansado de ser mío y de verte con mi pequeñez. Aunque te busqué porque me pesaba mi losa, no me siento libre para soltarlo todo, me cuesta renunciar a mis riquezas, me cuesta fiarme..."

Mientras se alejaba, quizá intentaría tranquilizarse diciendo: "Aunque siga teniendo muchos bienes, intentaré liberarme interiormente un poco más cada día de mi riqueza y así poco a poco me iré acercando a la radicalidad de las palabras del Maestro porque creo que me supera abandonar de golpe todo un pasado".

Lo imagino sin Jesús con una incurable nostalgia. Aquel joven desapareció de forma anónima sin dejarnos historia. Quizá vivió mucho, seguramente cada día más rico, y más viejo... Aunque le recordemos como el 'joven rico', envejecería y moriría, digo yo.

Pienso que trataría de distraerse de 'aquel día', pero no lo conseguiría. La mirada de Jesús no es como una 'instantánea' que después queda archivada en el recuerdo; la mirada de amor permanece, el amor no pasa nunca y lo acompañará en su peregrinar para siempre. También le invadiría aún más la cobardía, tanto que no se atrevió ni siquiera a decir un 'no' de frente... Le dio la espalda y se alejó. No dio ni un solo paso detrás de Jesús, no hizo ni un minuto de experiencia de lo que quiere decir seguir a Cristo. Somos tan libres que en ocasiones podemos decidir contra nuestro destino, contra nuestra libertad.

No se le pedía renunciar sino preferir, preferirle a Él, afirmar el Amor. Para el joven rico seguir a Cristo era caer en pobreza sin darse cuenta de que no perdía nada, sino que abrazaba 'el Todo': ¡mi Dios y mi todo!²².

La mirada del Maestro traía promesa de padre, madre, hermanos y mil mundos imposibles de ser conquistados por el hombre, ser heredero del mismo Cristo y ser invadido por la eternidad tan añorada.

22. San Francisco

El hombre libre no es aquel que está desapegado, desvinculado de todo, sino aquel que, por el contrario, se aferra al único Tesoro, a Cristo.

¿Cómo pudo dejar al Maestro! ¿Qué mal puede hacer una mirada de amor infinito? Amemos al Señor que nos corrige con misericordia, que guía nuestros pasos hacia la luz y la verdad²³. Él piensa en ti... La corrección es amor, quiere desenmascarar lo que a ti te oprime.

Solo en la intimidad de una mirada que nos desnuda sin avergonzarnos, podremos descubrir lo que verdaderamente nos falta. Nada está oculto a su presencia. Es necesario dejarnos mirar, dejarnos despojar y desestabilizar. Necesitamos vitalmente la luz de la Verdad.

¡Ah, si hubiera sabido leer en los ojos de Jesús! Imagino que algunos de sus días le traerían la memoria de aquellos ojos que le amaron y le prometían un cielo despejado e inmenso, ¿por qué se fijaría solo en las palabras de amor que malentendió como imperativas, como impuestas, y no se quedó clavado en la promesa que escondían? Trató de pasar como camello cargado de riquezas por el ojo diminuto de una aguja²⁴. ¡Ay si hubiera pasado por la puerta estrecha que conduce a la inmensidad de Dios!

¡Ay si hubiera descansado como el discípulo amado en el pecho de Jesús!

¿Dejaremos caer la mirada del Maestro en el vacío?

Escribía tan bellamente Von Balthasar: "Quien ha sido tocado por esa mirada de amor no puede olvidar lo que se le mostró allí. Tal vez puede hacer como si nada hubiera visto, como si nada hubiera oído... Solo hay una cosa segura: que todo el que sigue la luz de la llamada y permanece fiel a la guía divina será conducido de claridad en claridad, de gozo en gozo".

A Jesús se le conmovieron las entrañas al verlo alejarse triste.

Triste el joven, y más triste Jesús... perdía al joven y lo vio partir con dolor.

23 Sal 43, 3

24 Cf. Mt 19, 24; Mc 10, 25; Lc 18, 25

Cuando contemplamos este pasaje evangélico, parece como si todo terminara en la tristeza y abatimiento del joven rico. Sin embargo, las palabras de Lucas han quedado imborrables: "Jesús al verlo irse triste..."²⁵. ¿Quién piensa en la tristeza, el dolor, los sentimientos de Jesús?

Su sed, la tristeza de Jesús frente al hombre que rechaza la vida se deja oír: "No queréis venir a Mí para tener Vida, vida eterna"²⁶. "Me abandonaron a Mí, Fuente de Agua Viva, para excavar aljibes agrietados que no retienen el agua"²⁷, ni logran calmar la sed.

¿Por qué rechazas la vida que deseas? ¿Qué más pude hacer por ti? ¿Por qué apartas los ojos de Mí? ¿Por qué te debates y te cierras a mi Palabra? Si he iluminado tu verdad, si lo que se derrumba ante ti es la mentira, ¿por qué te defiendes contra ti mismo? ¿Por qué tienes miedo y no confías? ¿Por qué prefieres la soledad al calor de una mirada?

Quizá... ¿porque albergamos la posibilidad de que nuestra plenitud pueda estar en otra parte, en otras alternativas y no solo en Dios? ¿Creemos que verdaderamente Él valga infinitamente más que todo y que en Él esté la plenitud mayor incluso de lo que dejamos?

Jesús se quedaría todavía mucho más tiempo mirando y esperando. Si el joven rico se hubiera dado la vuelta, seguiría viendo la mirada del Maestro que lo acompañaba y dos brazos extendidos hacia él en forma de cruz que lo sostenían en ese andar cabizbajo, abatido, titubeante, perdido.

El amor no llora 'su desilusión' o fracaso por no haber sido correspondido. Jesús solo piensa en el joven, en lo que pierde, en que no disfrutará de la promesa. Su dolor es verlo escapar del amor a un abismo que ni él mismo podría imaginar.

Nos sigue amando también cuando le volvemos la espalda, porque el amor no puede negarse a sí mismo²⁸.

25. Cf. Lc 18, 23-24

26. Jn 5, 40

27. Jr 2, 13

28. 2Tim 2, 13

Jesús llevó el anhelo y la esperanza de ser correspondido hasta la Pasión. Tras el encuentro con el joven rico, Jesús se dirige decididamente hacia Jerusalén para vivir su Pasión y muerte en cruz. 'Decididamente' nos hace vislumbrar la libertad de Cristo, pues sabe que en Jerusalén lo espera la muerte de cruz: "No es voluntad de mi Padre que se pierda ninguno de los que me ha dado"²⁹. El Amor tiene forma de cruz. El grito de Jesús en el Calvario, Tsajenà, "Tengo sed"³⁰, resonará para siempre. Es el grito desgarrador de un Dios Amor abandonado de su criatura que para su sed le ofrece vinagre. Sedienta está la Fuente, así es el amor... La inagotable Fuente tiene sed de tu sed.

Entonces... ¿hay alguna buena noticia en este pasaje del evangelio?

Si la palabra 'evangelio' significa 'buena noticia', ¿hay alguna buena noticia en esta historia que empezó inmejorable pero no acaba bien?

¿Cuál es la buena noticia detrás de un encuentro con el Maestro que termina en la tragedia de un joven que vuelve a su casa infeliz, triste y abatido? La buena noticia es que siempre somos amados. Somos amados también en los fracasos, en las decisiones erradas, somos amados incluso en nuestra infidelidad. Bastaría volver como el buen ladrón la mirada hacia Él y mendigar salvación: "Señor, Hijo de Dios, ten piedad de mí", no quiero que mi vida tenga un final triste para mí y más triste para ti.

¡Que jamás se repita la historia del joven rico!

La mirada mansa, serena, pausada del Maestro hoy está sobre ti y te detiene.

Acojamos su parón de amor...

En comunión podemos comenzar hoy mismo esta revolución de amor y libertad. Sabemos bien que Jesús es experto en nacimientos y renacimientos, solo Él puede hacernos mirar más allá de nuestros estrechos límites y nos invita a acoger un corazón peregrino, guiado por la libertad del Espíritu.

29. Cf. Mt 18, 14; Jn 6, 39

30. Jn 19, 28

"Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible permaneciendo en Él"³¹. La invitación de Jesús no se apoya en nuestras capacidades, sino únicamente en la confianza de que Dios mismo nos hace capaces de aquello que nos pide. ¡Todo empieza por y desde esta confianza!... ¡Así por Cristo, con Él y en Él todo se vuelve posible!

Recordaréis el famoso apóstrofe de Nietzsche a los cristianos: "Yo creería en vuestro Dios si tuvierais rostros de personas salvadas. ¡Más alegres tendrían que parecerme los discípulos de tal Redentor!".

Que esto no nos hiera, no nos enfade, ¡al contrario!... Los que dicen no creer nos recuerdan la grandeza de nuestra llamada, lo que se espera de nosotros, los creyentes: hacer presente el don de la salvación de Dios, testimoniar que Jesucristo es el Rey de reyes, Señor de señores, el Salvador del mundo³².

Se nos ha confiado irradiar la esperanza que viene de la fe, la revolución del amor, gracias al Espíritu Santo. Nosotros sabemos que "hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos"³³. "Mirad cómo se aman", decían de los primeros cristianos.

Queridos jóvenes, pasare lo que pasare, nunca abandonéis la Iglesia, no le deis la espalda jamás.

Decía un cristiano: "Yo amo a esta Iglesia que me ha dado la vida y me hace cristiano. Si por algún mal paso me encontrara mañana fuera de ella, no permanecería ni cinco segundos sin volver a mi seno materno; y aunque tuviera que arrastrarme a gatas, haría cualquier cosa, daría todo para volver a los brazos de mi madre la iglesia".

Si un día o solo una hora, un instante, vislumbraste una lucecita que te invitaba a dejarlo todo por el amor de Cristo, ¡no cierres los ojos a esa luz!

Que jamás se repita la historia del joven rico..., ¡que jamás se repita!

Gracias a todos y cada uno. Os quedáis en nuestra oración y en el corazón de las hermanas de Iesu Communio. Contamos con vuestra oración.

31. Cf. Mc 10,27

32. Cf. Ap 17, 14

33. 1Jn 3, 14

Palabras de clausura

Mons. Fernando Ocariz, Prelado del Opus Dei

En primer lugar, quiero felicitar a la Fundación Catalina Mir por la iniciativa de este Simposio, que alcanza ya diez ediciones. Acojo con mucho gusto la invitación a pronunciar estas palabras de clausura.

Saludo especialmente al Señor Obispo de Jaén, don Amadeo, y al Señor Alcalde, don Julio Millán. También a los organizadores, ponentes y asistentes, así como a todos los que han hecho posible este encuentro.

En una primera mirada superficial, el título de esta edición del Simposio podría parecer paradójico, porque los conceptos de libertad y compromiso se presentan a menudo como contrarios y, sin embargo, son complementarios. Es más, se exigen mutuamente. Sin libertad no me puedo comprometer, y el compromiso siempre entraña una decisión libre.

Con ligereza se puede argumentar: "si soy libre es porque no acepto compromisos que me atenen e impidan mis movimientos". De igual modo, se puede razonar "si estoy comprometido ya he perdido mi libertad". Basta echar una mirada a nuestro alrededor -y quizá a nuestro corazón-, para descubrir que son muchas las personas que sienten el "peso" de sus obligaciones, de los deberes que surgen por las circunstancias de la vida ordinaria: familiares, laborales, sociales, etc. Es fácil entonces que nos inunden los escapismos imaginativos: una vida sin compromisos, libre de obligaciones, de lazos, donde tomemos las decisiones que más nos plazcan en cada momento, con una independencia absoluta, sin otros condicionantes que nuestro gusto o nuestro capricho. Desde la perspectiva de la libertad orientada al amor, sin embargo, es relativamente sencillo darse cuenta de que esa oposición es ficticia, pues el acto propio del amor es precisamente darse, entregarse. Y si tenemos claros los motivos de nuestros compromisos, los porqués de las obligaciones cotidianas, podremos cumplirlos libremente, por amor, aunque a veces nos cansemos y se nos hagan cuesta arriba.

San Josemaría ponía el ejemplo del siervo que recibió un solo talento. En vez de emplearlo bien le invade el miedo a perderlo: no se compromete, pero no por eso conservó la libertad. Eligió la sequedad de una vida sin fruto. Por eso, con palabras muy claras, escribía: "Nada más falso que oponer la libertad a la entrega, porque la entrega viene como consecuencia de la libertad. Mirad, cuando una madre se sacrifica por amor a sus hijos, ha elegido; y, según la medida de ese amor, así se manifestará su libertad. Si ese amor es grande, la libertad aparecerá fecunda, y el bien de los hijos proviene de esa bendita libertad, que supone entrega, y proviene de esa bendita entrega, que es precisamente libertad" (Amigos de Dios, n. 30).

Libertad y compromiso, amor y entrega, cumplimiento de las obligaciones y deberes con la libertad interior que proviene de hacer las cosas por amor. San Josemaría nos abre unos horizontes entusiasmantes, que dan luz a las realidades más vulgares de todos los días. El Señor nos ha creado libres para amar, y el acto propio del amor es la entrega, el comprometer nuestra vida al servicio de Dios y de los demás.

En este campo, encontramos un estímulo en las enseñanzas de san Josemaría, que fue un defensor de la libertad ajena y propia. A lo largo de estos días, habéis repasado estos conceptos tanto desde el punto de vista teórico como práctico. En lecciones magistrales y testimonios, habéis comprobado la variedad de formas que presenta ese amistoso binomio -compromiso y libertad- en los más diferentes campos del obrar humano. También os habéis acercado a la figura de san Josemaría con la presentación de la biografía ilustrada "Que solo Jesús se luzca".

Encomiendo a Nuestra Señora, especialmente ahora bajo la advocación de la Santísima Virgen de la Capilla, patrona de Jaén, los frutos de estas jornadas de reflexión, que desde la ciudad del Santo Rostro han llegado a tantos rincones del planeta gracias a las retransmisiones en línea, de las que tanto hemos aprendido estos meses.

Acta de la concesión del X Premio San Josemaría

En la convocatoria de 2021, el Comité Organizador y Jurado del X Premio San Josemaría concede este galardón, que otorga la Fundación Catalina Mir, a la Federación Española de Bancos de Alimentos.

Al ser la finalidad de esta distinción el reconocimiento de la identidad y el trabajo que una institución realiza en un campo relacionado con el tema que es objeto de estudio del simposio en cada edición, el jurado ha encontrado en la Federación Española de Bancos de Alimentos un ejercicio generoso de compromiso con miles de necesitados, haciendo llegar alimentos, a través de asociaciones intermedias, a todos aquellos que carecen de recursos para obtenerlos. Este compromiso contribuye asimismo al cuidado y protección del medio ambiente, al evitar el vertido de los excedentes alimenticios.

Por ello, los Bancos de Alimentos constituyen un referente y un estímulo para la iniciativa personal y social, en la medida en que muestran un modo concreto de llevar a la práctica el libre ejercicio de la voluntad de compromiso.

En Jaén, a 19 de noviembre de 2021.

Recoge el premio, en representación de la entidad galardonada, Indalecio Pozo, miembro del Comité Ejecutivo de la Federación Española de Bancos de Alimentos.



El Alcalde –Julio Millán- con Mayor Oreja, África Colomo –2ª Teniente Alcalde-, Daniel Martínez –Presidente de la Fundación Catalina Mir- y Reyes Chamorro –Concejal-.



Vista general del salón del Palacio de Congresos en una de las sesiones.



La 2ª Teniente Alcalde, África Colomo, entrega el Premio del Simposio al Banco de Alimentos, representado por el Presidente del Banco de Alimentos de Granada.



Toñi Rodríguez tras su ponencia posa con varias amigas.



Vista general del Salón de la Caja Rural (Sesión dirigida a los jóvenes).



Vista parcial del Salón de Caja Rural.



Varios participantes muestran las camisetas del Simposio.



Videoconferencia con Roma, en la pantalla Eduardo de la Morena.



Carla Restoy en una intervención en el Salón de Caja Rural.



La Madre Verónica Berzosa, Fundadora de Iesu Communio.



Foto de familia de los jóvenes al final de las sesiones.



Laura Picón, Directora Comercial del Palacio de Congresos consigue un selfie del Vicario del Opus Dei y la Madre Verónica, flanqueados por miembros del Comité del Simposio.



La Madre Verónica y varias participantes en el Simposio



Grupo de jóvenes participantes



Grupo de jóvenes participantes



Vista del escenario en la Mesa Redonda de la mañana. Rafael Palomino en la pantalla.



El escenario en la mesa de testimonios con Harouna Garma en primer plano.



Grupo de jóvenes participantes



Grupo de jóvenes participantes



Vista del escenario en la Mesa Redonda de la mañana. Rafael Palomino en la pantalla.



El escenario en la mesa de testimonios con Harouna Garma en primer plano.



Unas azafatas posan ante el fotógrafo



Arturo Vargas-Machuca y su hija María José.



Vista general de la entrada al Palacio de Congresos.



Un grupo de jóvenes participantes.



Catalina Mir

FUNDACION



www.simposiosanjosemaria.org



ISBN 978-84-09-47642-8



9 788409 476428